Luis M. Caraballo R. La última montonera

Fundación Editorial

LEPET

elperroy larana

COLECCIÓN Páginas Venezolanas SERIE Contemporáneos



La última montonera



- © Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
- © Luis M. Caraballo R.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio, Caracas - Venezuela, 1010. Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección

Mónica Piscitelli

Edición

Juan Carlos Torres

Corrección

Erika Palomino Camargo José Jenaro Rueda R.

Diagramación

María Victoria Sosa Martínez

Hecho el Depósito de Ley Depósito lega DC2017002602 ISBN 978-980-14-4000-0

COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas. La constituyen tres series:

CLÁSICOS abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

CONTEMPORÁNEOS reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

ANTOLOGÍAS es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

Luis M. Caraballo R.

La última montonera

COLECCIÓN Páginas Venezolanas SERIE Contemporáneos

Desde un arenal de la costa derecha del río Apure miraba el huidizo transcurrir de las nubes y, al mismo tiempo, el fluir de las aguas, el retozo de las babas y el relinchar de una caballada que, a lo lejos, galopaba en la sabana. Estas agradables manifestaciones de la llanura me hicieron sentir parte consubstancial de las horas luminosas que se adhieren a los días. Pero la inesperada fuerza cambiante del viento, las repentinas ráfagas cargadas de humedad, las imprevistas degradaciones en la coloración del cielo y las innovadoras maromas de las aves, me llevaron a conjeturar sobre la posible ocurrencia de una que otra perturbación en la continuidad de la vida.

Era sabido que el impacto de los cambios en lo real natural podía ser percibido por el común de los llaneros, sobre todo en el tiempo de estiaje, un período mágico en el que tanto los inusitados fenómenos

como los más normales aparentan ser extraños e inexplicables. La distorsión inverosímil de los hechos naturales del llano hasta los linderos de lo real maravilloso, por la intermediación del imaginario del llanero, le insuflaba carácter sobrenatural a espantos y alucinaciones, a las voces de las ánimas y a los silbos que desorientan al que cabalga de noche en la sabana.

A través de otras distintas formas expresivas todavía los llaneros describen no solo las innombrables dificultades que viven o han vivido, sino también los misterios de la llanura, que por sí le acompañan, durante la realización de sus quehaceres. Se trata de leyendas que forjan en un entretejer de mitos, creencias, íconos religiosos, seres naturales y presencias espirituales. Leyendas que se relacionan con el diario acontecer de la vida en el llano.

Lo cierto era que el día tenía características inusuales, puesto que el calentamiento extremo tendía a incrementarse al paso de la sequía, tanto que era posible pensar en hechos extraordinarios como la desintegración de las cosas o en el estallido de algún pueblo del llano. En lo personal, la intensa sofocación me hizo experimentar una especie de estado de alucinación. Bajo su influjo casi me convenzo de que el irritante calor me hacía cada vez más enteco de lo que estaba, y que los elementos naturales habían empezado su propia guerra global para cambiar el mundo y al hombre.

La inclemencia del sol me trajo la imagen de unas lenguas de fuego estirándose como víboras hambrientas de uno a otro horizonte de la llanura. Entretenido mi pensar en el posible desbordamiento flamígero de los tantos pequeños infiernos del llano, no me percaté que también allegaban en tropel los ingratos recuerdos sobre los modos y formas en que me hice hombre.

Lo cierto es que crecí y me formé en el interior del decir sibilino de mi madre, y no menos entre la miseria, la guerra, la lluvia que pintaba con mi propia sangre las aguas escorrentías, los inesperados vaciados amnésicos de mi conciencia, el viejo revólver apuntándole a las ánimas obstinadas de la sabana, el desvanecer monótono y en continuidad de los inviernos y las sequías, la reverberación que quedaba en el alma cuando cambiaban las tranquilas aguas del vivir hacia los tenebrosos caudales de las amarguras.

"Recordar duele mucho -me dije-, pero más duele si uno se devuelve a rehacer la vida apegándose a las causas perdidas".

Sé que me hice cual un espíritu marmóreo, de siglos; pero nunca llegué a imaginar que siempre llevaría en el inventario de mi conciencia las cenizas de los ahora difuntos que sumaba casi todos los años a mi cuenta. Seres envueltos en el huracán de la guerra que cuando anduvieron en vida intentaron, más de una vez, ponerle fin a mi existencia. Atisbé cómo el destino nos marcaba con el dedo de la muerte en

cada galera, en cada río, en cada espejo de agua. Mi aguda percepción del mundo me hizo suponer que siempre sería un ser sin destino cierto, que no tenía sentimientos; aunque sí sabía que, fugazmente, a través de algún resquicio en el muro de mis dolores se hacían presentes, convertidos en perdón. Para mí que esta efímera y extraña manera de actuar acontecía las raras veces en que me desentendía de la guerra o en la mala hora en que debía ajusticiar a algún godo malandrín.

Sin embargo, estaba seguro de que nadie en Boquerones soportaría, como yo, la venidera estación del invierno, entre los intensos dolores que abrevarían en mis huesos cansados y en el ensimismamiento que deja la trasformación de la tristeza en sufrimiento, dada mi condición de solitario sobreviviente de los avernos de la guerra.

Estoy por creer que cada vez estaban más resentidas las ánimas de los muertos que quedaron para beneficio de los zamuros en algún bajial de los caminos. Para mí que eran hombres nada inocentes. Y más convencidos estarán los que me miran de reojo, si se llegara a saber algún día que no eran manadas de mansas ovejas, sino que también odiaban en extremo a sus adversarios.

Tampoco se vaya a creer que eran tan desprevenidos como pudiera suponerse. Los mercenarios de los ricos del campo pasaban por un período de preparación que los convertía en seres inclementes con sus enemigos, en expertos para realizar desplazamientos mortales y, sobre todo, para reaccionar ante sorpresas y acechanzas, que siempre viajan entremetidas en las aguas, en las volutas de las tolvaneras que mecen los vientos, en la soledad de cada noche llanera colmada de silencios y en el vivir, del día a día, siempre coleando con la muerte en la sabana.

Sin embargo, a despecho de los malsanos comentarios sobre mi saña asesina, cuento con las garzas y los esteros para que atestigüen sobre las rogativas que, de cuando en cuando, elevaba a los cuatro elementos fundacionales de la vida (tierra, agua, fuego y aire) para que alejaran de mí la posibilidad de matar o de que me mataran. Ojalá que las ánimas en extravío de mis muertos alcanzaran la debida resignación y el consuelo y, finalmente, entendieran que la guerra es un episodio doloroso donde Dios juega a los dados con la muerte.

Mis muertos fueron en vida hombres recios que inventaron sus muertes en los recovecos de la venganza, porque en lugar de favorecer con su accionar a los sufridos pueblos del llano optaron por estrechar alianzas con sus opresores de siempre, sin llegar a reparar en que ese compromiso solo les permitiría, por breve tiempo, disfrutar de las miserables granjerías y de los ínfimos provechos adicionales que recibirían, más que todo si se esforzaban por impedir que los pobres de estas tierras lograran mejores condiciones de vida.

Hombres que se dejaron dominar por actitudes que relegaban la dignidad y privilegiaban la sumisión y el crimen. Hombres sedientos de poder que nunca sintieron la felicidad y el amor, pero que emprendieron, flameando airosos la alevosía del protervo, la lucha a muerte contra los coterráneos más vulnerables.

Hombres que dejaron de lado el compromiso que por razones históricas los ataba a la patria, y se desentendieron de las expectativas de cambio que a flor de piel demandaba un pueblo postrado por la carcoma de la explotación y de los desgobiernos.

No sé por qué todavía lo recuerdo. Pero sé que lo seguiré recordando, pese a los treinta años que desde ese entonces han transcurrido. Frisaba los once años, cuando Marcolina Márquez Sánchez, mi madre, decía a las ráfagas de soledad que la asediaban lo que más le producía encanto y nostalgia. Nunca he podido olvidar lo que le confesaba a cuantas dalias, petunias o rosas le salían al paso en su bien cuidado jardín; que también, según mi parecer, llevaba en el alma.

Por una inexplicable coincidencia, en el preciso instante de su decir pasaban miles y miles de corocoras en viaje hacia Camaguán. Quizás sea por eso que lo dicho por mi madre se sembró en mí como una vivencia de amor. Y es que esa imagen de paz y fascinación aún no se aparta de mi alma repleta de crueles recuerdos, porque el azul que predominaba en ese momento fue tomando gradualmente el rojear que en

las tardes embellece los crepúsculos, a medida que se degradan las otras franjas del espectro solar. Recuerdo que en medio de aquellas dos bellas escenas ella, muy exultante, dejó saber su sentir de joven madre:

—Todos los días, en las soledades de mi silencio, repito y repito tu nombre con la voz perfumada por el vívido hálito de las pomarrosas, mi fruta predilecta. ¡Uhm... Uhm...! Hilario Antonio Pérez Márquez..., Hilario Pérez..., Hilario de mi alma. Al momento de nacer, eras tan parecido a tu padre que resolvimos darte a conocer con su nombre ante el mundo. Era tal el orgullo que él sentía por ti, que se atrevió a decir con el amor entreverado con la hombría: "Es mi aspiración que siempre defiendas tu nombre con honor, tú y tus generaciones, hasta que muera el último de los cunaguaros".

Ese grato recuerdo siempre lo empalmo, no sé por qué razón, con la trágica forma en que ella vivió, rodeada por la indigencia que a diario le acechaba. Para mí que tanta pobreza contribuía al adelanto acelerado de su muerte, pero nunca perdió la fe en que algún día emergería la prosperidad. Según ella, esta permanecía latente en el llano junto a la libertad, porque ambas estaban escondidas en el íntimo vivir del llanero. Estas firmes convicciones de mi madre también impregnaron las fibras de mi alma.

Hoy, a la distancia del vivir que el tiempo sustrae a la vida, pienso que ella, mentalmente, pudo hasta haber sido capaz de rebanar las nubes con tal de que paleara el hambre y siempre tuviera algo de peso en mi estómago. Mi madre fue una mujer de manos milagrosas que vivió tejiendo la pobreza con la escasez de alimentos más prolongada que haya acontecido en la llanura.

Ocurrió cerca de San Juan de Payara, siempre un lugar de infortunios para el montonero. Una bala perdida en la llanura que encontró destinatario. Luego la obligada espera por el ardor del fogonazo. Y fue, entonces, cuando mi grito de dolor penetró y se deshizo en ecos en lo más profundo de la oscuridad. Al cabo de unas horas volví en mí, y escuché que comentaban el incidente donde casi pierdo la vida. El montonero que me trajo, el catire mal encarado, se inclinó y me dijo al oído:

—¡Óyeme, Hilario!... Óyeme. Resulta que el dedo índice de tu mano derecha se desprendió, pero fue tanta la angustia que a ninguno se nos ocurrió buscarlo en el aguazal.

Los subsiguientes sufrimientos ratificaron la alerta de mi madre sobre los horrores que viviría en la guerra. Y ahora vivía uno más, pues aquella bala de origen desconocido también liquidó la depurada caligrafía gótica que había aprendido, al cabo de dos años de laborioso garabateo, bajo la luz de las lunas grandotas de cada mes, que siempre se resistían a continuar avanzando hacia el alba, si no mostraba evidentes signos de dominio en ese estilo de escritura.

No he dejado de perseverar en la torturante imagen del accidente. Y ese recuerdo vuelve a diario cuando miro la cicatriz, un espacio liso y abrillantado, adherido a mi mano cual tatuaje imperecedero. Una especie de jugarreta del destino que insistía en agregarle nuevas desilusiones al calvario que ya vivía por mi doble condición: la de ser pobre y, al mismo tiempo, un auténtico soldado montonero.

Mi actitud maldiciente proseguía a la melancolía cada vez que me percataba de la condición de ágrafo temporal. Y más me enojaba, si a mi habitual estado de tristeza se agregaba la sencillez del trabajo manual o de carácter militar que me asignaban. Para mí un castigo aterrador que podría hacer de la discapacidad, en cualquier momento de mi existencia, un pretexto que podría derivar en la ruptura con los sueños de libertad que ansiaba para la patria, y ya tan caros para mi conciencia.

También los resentimientos contra mí mismo se presentaban con el derecho a liberar algunas forzadas lágrimas, pues nada de lo que me encomendaban lo cumplía con la eficiencia de antes. Convencido de que el desempeño de mis habituales faenas personales o de carácter militar sería siempre muy limitado y poco satisfactorio, más de una vez llegué a pensar en el suicidio. Hoy puedo aseverar que la misma guerra me dio el coraje para superar el derrumbe moral que acuciaba mi espiritualidad.

Siempre recordaba que, por mis habilidades, fui considerado como un certero tirador. Sin embargo, con los años, valoraron mi espíritu temerario, tanto que resolvieron entrenarme cuidadosamente para arreglar cuentas y agravios de compleja naturaleza. Mi forma alevosa y artera de matar atrajo la atención de mis superiores, pues pensaban que, al ser de mi pleno dominio la capacidad letal, podía cumplir con importantes y delicadas misiones, sobre todo con aquellas que incluyeran la confidencia y el inmediato olvido. En general, era un soldado muy estimado, porque poseía las condiciones ideales, como ningún otro montonero, para enfrentar mortalmente a cualquiera de nuestros más jurados y temidos enemigos.

No obstante, después del incidente, sentí que me arrumbaban cual si fuera un soldado raso de lo peor, hasta que, al cabo de más o menos un año, cambiaron las órdenes. Alegaron razones de excepción y me asignaron para que ejerciera, desde 1842, como ayudante de campo de Francisco Rangel (a) "El Indio".

Gracias a las permanentes orientaciones de este admirable guerrero, pude organizar mi primera montonera, precisamente el mes en que cumplí los seis años de servicio, porque previamente había dado demostración de dominio de las tres cuestiones básicas para comandar tropas: saber efectuar un selectivo reclutamiento, conducir y superar con buen éxito la ofensiva y la defensiva en el campo de batalla, y observar la rigurosa disciplina que demandaba el principio de la subordinación.

En el año 1845, siempre bajo las órdenes de este jefe, participé por primera vez junto con mis

montoneros en el asalto a Yuma (cerca de Valencia), una hacienda que era propiedad de Ángel Quintero, un abogado de raigambre oligárquica y de talante sanguinario, y muy conocido entre sus mercenarios como la sierpe goda. Fue un importante funcionario del oficialismo que llegó a ejercer como ministro de Interior y de Justicia, durante buena parte del largo período de gobierno que desempeñó el partido conservador que fundó el general José Antonio Páez, posterior a 1830.

Cumplida esta cruenta operación militar, a los pocos días padecí mi primer marasmo depresivo, una consecuencia de la propensión amnésica que heredé por línea paterna, según le escuché decir a mi abuela materna. En mi caso tenía carácter inusitado y efímero, pero no sabía si el quebranto me estaría afectando de la misma manera, o peor aún, que a mi nunca recordado padre. Era un mal indeseado que me acompañaría hasta el final de mi atormentada existencia. Esta insuperable limitación también concurría para que incumpliera, en cierta medida, con la tarea de enseñar a leer y a escribir a mis compañeros de armas, ya que después de cada crisis debía observar varios días de reposo.

Me encontraba en San Juan de Payara y acababa de cumplir diecisiete años. Significaba mucho para mí que siendo un soldado raso ya hubiera participado en varios combates como integrante de tres montoneras. Contaba con tres años de experiencia en andanzas justicieras. Ahora me correspondía combatir por sexta vez e integrar un batallón en una nueva montonera. Cientos de ellos, posteriormente, serían mis compañeros en el cumplimiento de duras tareas del más diverso orden militar, hasta mediados de 1860.

Mas recuerdo la alegría que sentimos cuando en el primer trimestre de 1837 se nos ordenó tomar esa gloriosa ciudad apureña; más que todo porque era defendida por llaneros muy expertos, ha poco seguidores del general Bolívar y, muchos de ellos, distinguidos por las glorias que alcanzaron en las campañas de la guerra por la independencia.

Consumada exitosamente la anterior acción bélica, empezamos por establecer nuestro campamento en esa ciudad, ahora convertida en plaza militar y sede del comando general revolucionario. Al mes siguiente, después del obligado entrenamiento, ordenaron el avance de las tropas hacia San Fernando. Como día tras día aumentaba la resistencia de los defensores apureños acantonados en esa ciudad, nuestros jefes resolvieron ponerle un asedio pasivo, hasta que ocurriera el progresivo desgaste militar y moral de las fuerzas gubernamentales atrapadas en el interior de la misma, y luego se resolvería oportunamente cómo expugnar esa plaza.

Durante el mes de abril del mismo año, la montonera donde accionaba mi batallón se hizo parte vital de una estrategia general de doble propósito. El primero, destinado a la defensa de San Juan de Payara, sin reparar en sacrificio alguno; y el otro nos obligaba a estrechar el cerco en torno a San Fernando de Apure. Esta situación atraería a las tropas gubernamentales del centro del país, pero nunca imaginó el mando revolucionario que vendría al frente de las mismas el aguerrido general José Antonio Páez, experto en repentinos cambios de táctica en plena acción y a campo abierto.

Mas se mantuvo la esperanza en el accionar de los dos frentes de operación: el cerco a San Fernando de Apure y la atención prioritaria a la confrontación por venir. La estrategia fue también concebida en la confianza de que existía la posibilidad de una doble victoria. Por esa razón, la mitad de los efectivos de mi montonera recibieron la orden de entrar en combate, después de que un buen número de soldados, muy bien seleccionados en función de la experiencia militar, realizaran la desocupación sigilosa de las inmediaciones de la ciudad bajo sitio. Todas las fuerzas estaban bajo las órdenes del coronel José Francisco Farfán, militar meritorio y acreedor de la Orden de los Libertadores, tropero de fuerte mando y admirador del general Bolívar.

Mi coronel, en sus arengas, siempre deslizaba la idea de que se había alzado en armas para cobrarle al "taita" Páez, su anterior jefe desde 1816, la traición cometida contra la causa de la unión entre los colombianos: un objetivo político necesario y muy del anhelo perseverante del Libertador.

Era un momento crucial para los cuatrocientos cincuenta revolucionarios bolivaristas que tendríamos la innoble tarea de enfrentar a otros cuatrocientos hermanos venezolanos, todos avezados jinetes e infantes, dispuestos a luchar hasta morir bajo la guía del general Páez, ahora converso en contrarrevolucionario y ficha sumisa de la clase oligárquica que él ayudó a reconstituir después de la guerra por la Independencia.

Era muy probable que el general Páez anduviese de mal humor, porque estaba enterado de que mi coronel controló militarmente algunos pueblos del llano como Mucuritas y Las Queseras del Medio, ambos de obligada referencia en su anterior y renombrada carrera militar, pues formaban parte de la panoplia rememorativa de sus guerras en el llano.

Eran dos corajudos titanes con una alta capacidad de arrojo y audacia. Mientras que el zorruno Páez no cometió el error –tal como lo esperaba mi coronel Farfán– de enviar parte de sus tropas a romper el cerco que estrechaban los revolucionarios en torno a San Fernando de Apure, el mando revolucionario sí se vio obligado a retirar algunos contingentes de las tropas que lo mantenían. Los soldados, agrupados en unidades de combate, fueron desplegados a pocos minutos del escenario de batalla, de manera que según los requerimientos de esta, progresivamente, se les ordenaría entrar en la ya cruenta contienda.

Trabadas las fuerzas contrapuestas en una fratricida confrontación que ya duraba casi cuatro horas de intenso batallar, finalmente se impondría la astucia felina del general Páez. Raya casi en la leyenda, que en el argot militar significa una hazaña, pues este extraordinario hombre de armas al frente de sesenta experimentados lanceros, rigurosamente seleccionados entre los integrantes de la columna de la izquierda bajo su mando, irrumpió con sus efectivos lanza en mano, para mayúscula sorpresa de los revolucionarios. Al frente de sus llaneros, logró atravesar el campo de batalla bajo pertinaz fuego de las fuerzas antigubernamentales, continuó en dirección al sitio donde se encontraba nuestra columna de la derecha, aún intacta. Quince cargas consecutivas de caballería, en brevísimo tiempo, eran una demostración épica de inusitado ímpetu y valor, pues este grupo de combatientes logró desarticular y neutralizar rápidamente el poder ofensivo de ese flanco.

Al cabo de unos días, el parte militar destacaba que los efectivos de esa columna no tuvieron la firmeza combativa para reagruparse, mantener sus líneas y resistir las consecutivas embestidas de la caballería enemiga.

Asombra que el general Páez haya intuido que solo así podía ganar la batalla, cuando ya era un hecho que la misma se inclinaba a favor de nuestras valerosas fuerzas en combate. Por esa formidable hazaña, el general Páez, un consumado táctico,

se hizo merecedor de la distinción que le reconoce como "El León de Payara", porque la batalla se libró muy cerca de San Juan de Payara.

Era normal que los montoneros, por razones de seguridad, ocultáramos nuestros verdaderos nombres. Pero en mi caso, para quitarme el estigma de "mocho", que ya empezaban a endilgarme, resolví que en lo adelante me llamaría Juan, a secas, en honor a mi abuelo paterno, muerto en la primera batalla de La Puerta. Pero por una ocurrencia del indómito coronel Farfán, me vino lo de Montuno; pues a ese respetado soldado, a la sazón mi jefe, le atraía mi condición temperamental de hombre rústico y taciturno y, mucho más, por el modo de asumir y mostrar mi apego a la vida del campo.

- —Sargento Montuno, usted nunca dejará de ser campesino, así no tenga tierras; y muchas más añoranzas sentirá por el campo y los montes, si algún día lo llegaren a desterrar.
- —Mi coronel, le juro que nunca abandonaré los llanos y, con respecto a mi nuevo apellido, lo llevará la llanura en su nombre y con honor, más allá de mi muerte.

Aprendí de nuevo a garabatear la caligrafía gótica con los dedos poco aptos de la mano derecha. Mas no recuerdo haberlos habituado a bendecir, pero sí a realizar delicadas tareas como la de adornar las cazuelitas que elaboraba para preservarles la vida a los

tortuguillos que mostraran alguna limitación que pusiera en riesgo su existir. Era probable que murieran antes de llegar con vida a las aguas de los ríos, si no se les atendía a tiempo. Tampoco los adiestré para satisfacer curiosidades infantiles con artificios lúdicos, basados en la prestidigitación.

Las artesanías que ponía a disposición de los pequeños significaban un regalo más, entre los tantos otros que se les entregaba a los niños más dispuestos a recibirnos, una vez que se enteraban de nuestra cercanía a los caseríos de la llanura donde vivían.

Muchos niños, llevados por su natural inocencia, esperaban que se produjera el milagro de cambiar sus paupérrimas condiciones de vida a partir de alguno de los tantos juegos –considerados cuasi-mágicos por sus tiernas mentes– que con manos y dedos les mostraba uno que otro soldado, diestros como lo eran en sembrar ilusiones y grandes alegrías entre los párvulos.

Mi mano derecha todavía continuaba siendo experta en el manejo de armas mortales y, de nuevo, podía sembrar aquellas llanuras con más muertes y dolores. La adversidad no impidió que entrenara mi mano izquierda en los menesteres propios del oficio. Por ello, a diario intensificaba mi continua y disciplinada ejercitación, a medida que aparecían señales convincentes de mis avances, principalmente, en la recuperación de la escritura gótica, en el manejo del belduque, en los distintos tipos de combate cuerpo a

cuerpo, y en el uso diestro del machete doble filo, un infaltable compañero.

Siempre estuve dominado por el interés de buscar cualquier material de lectura en las haciendas y hatos, pero principalmente en las propiedades elegidas como blanco de nuestras correrías. También nos movía la expectativa de encontrar ingentes riquezas en las mismas. Otros montoneros, muy codiciosos, veían la realidad de manera delirante, puesto que consideraban posible beneficiarse algún día de las incautaciones en dinero y joyas. Una aspiración imposible, pues casi todo lo que se obtenía era para la paga de la tropa, la compra de provisiones y la reposición progresiva de los pertrechos.

Era casi seguro que, dada la imposibilidad de concretar tan desmedida aspiración, terminaran por incorporar nuevas frustraciones a sus ya maltratadas vidas; más que todo, porque ningún montonero luchaba para acceder, cual mercenario, a la riqueza expropiada. Para ellos era posible llevar una vida digna y en libertad, sin importar si algún día llegaran a poseer o no medios de fortuna, pero estaban seguros de que nunca se desentenderían de la necesidad de superar la sempiterna pobreza si tuvieran que regresar a sus lugares de origen, una vez concluidas las guerras.

La magnitud de los sacrificios y la dura experiencia del desarraigo familiar eran determinantes para que algunos montoneros mantuvieran la expectativa de que algún día recibirían la parte que, según ellos, les correspondía de las riquezas acumuladas en los prósperos fundos, propiedad de los oligarcas, pero lo cierto era que la mayoría estaban satisfechos con las granjerías que derivaban de la cría, la agricultura varia y esporádica, y de la venta del ganado expropiado, bajo la forma de carne salada. Los soldados más acuciados por la ambición, pero dotados de cierto nivel de disciplina y obediencia, en cierta medida olvidaban que el Código de Honor preservaba a los montoneros de las actuaciones anárquicas, del latrocinio y de cualquier subterfugio subalterno para acceder a la riqueza fácil.

Este ambicioso comportamiento no era de extrañar, pues se comentaba que el coronel Pedro Camejo (Negro Primero) le confió al Libertador que había participado por mera codicia en los ejércitos del Rey, muy admirado, porque notó que se iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y se volvía con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Y más cercano en el tiempo, era del conocimiento de los soldados que, estando aún caliente el cadáver del Padre Bolívar, los militares de alto grado y los civiles que orquestaron la traición en su contra comenzaron a enriquecerse a expensas del erario público, bajo el ávido y malsano ejemplo del general Páez, para ese entonces ya convertido en traidor y en uno de los hombres más ricos del país.

Algunos montoneros, los más acuciados por la ambición de riquezas, hacían acto de presencia en las ocasiones en que se presentaban al público parte de las pertenencias expropiadas. Sin embargo, la perorata expositiva se refería más a los centenarios recuerdos sobre el linaje del godo expropiado, que a los bienes de fortuna atesorados por este durante su permanencia como explotador inmisericorde en los llanos. También se hacía especial relación de los crímenes que cometían contra campesinos y arrieros. Otras veces, acuciado por la lluvia o algún riesgo inminente, el presentador apenas hacía mención del propietario o del lugar de procedencia del bien incluido en la incautación revolucionaria.

Siempre me encomendaban la lectura de la lista del inventario de los bienes recabados en las propiedades intervenidas. Confieso que raras veces se registraban joyas de oro engastadas, pero sí muchísimas de menor valor. Por lo regular, en apego a órdenes superiores, solo se hacía la presentación de adornos y collares de abalorios, de escaso dinero y de cuantiosas fichas de cartón. El valor de estas últimas solo sería posible aprovecharlo si a los compañeros poseedores de las mismas les daba tiempo para efectuar el canje en la pulpería de la finca intervenida, ya que al término de las incautaciones los montoneros se encargaban de realizar el ritual del fuego, o sea, incendiar las casas y los sembradíos objeto de la intervención.

—¡Esto también vale, mi sargento Montuno! —dijo, entre frustrado y esperanzado, un integrante de mi compañía de montoneros, al momento de mostrar el puñado de fichas—. ¡Quédese con los libros que consigamos, si así usted se siente cómodo y mejor! Incluso, si usted lo consiente, nos comprometemos a reclutarle cuanto libro o papel se nos aparezca por los caminos, pero, a cambio, será nuestro lo que nos parezca de valor.

No había ninguna razón para considerar irrespetuosa tan justa aspiración. Para mí era una apreciación muy razonable, aunque bien distinta a mi máxima expectativa, la cual se concretaría una vez que los compañeros bajo mi mando alcanzaran suficiente dominio en lectura y escritura, ya que la pretensión era, con apoyo en esos medios, salvarles la vida a unos hombres ignaros e inmersos en la reiteración de la patanería, su modo habitual de ser al interaccionar con los demás, porque no había llegado un gobierno con la disposición para encarar la encomiable obligación de difundir el saber y convertir en verdaderos ciudadanos a una población mayoritariamente campesina.

Con el correr de los años, hice de la lectura mi ocupación permanente y, poco a poco, fui aprendiendo a realizar el análisis de las ideas escritas con la ayuda de un diccionario. Una tarde, cuando realizaba el inventario del decorado baúl que perteneció a un godo de prosapia, y sin que pudiera contenerme, grité: "¡Vaya la suerte que me acompaña!", después de revisar el incunable que encontré. Aunque dentro del baúl había otros interesantes libros, algo más que joyas o dinero para mí, puse mi atención en un libro muy maltratado y con algunas perforaciones.

Quise hacer del hallazgo un parte militar y llamé a formación con el fin de identificar aquel libro de mi interés:

- —¡Compañía, oído! Soldados que ya comienzan a apreciar el valor de la lectura y la escritura, escuchen: *Gramática de la lengua castellana*, Elio Antonio de Nebrija, 1492, ¿qué significa?
- —Que usted, mi sargento, lo leerá y después volveremos a formación para escuchar de sus labios el resumen de los contenidos y de lo que usted logró aprender.
- —Muy bien, muchachos. No olviden que deben continuar la ejercitación de la lectura y la escritura. No desmayen en ese intento. ¡Rompan filas!

Al terminar de leer y practicar todas las lecciones de aquel complejo trabajo, grité con desenfado ante mis montoneros:

—Si todas las guerras son así de leídas, entonces, ¡Qué vivan las guerras, mi Gran Bolívar! Ahora sí, de verdad, que soy libre, mi General de Naciones.

En el llano poco o nada se sabía del acontecer político que a diario ocurría en el centro del país, área geográfica donde los grandes líderes del momento tomaban trascendentes decisiones de gobierno para satisfacer los intereses de las élites que se repartían la riqueza nacional. Por tal motivo los montoneros, aunque de actuar autónomo, cuando éramos convocados por algún jefe meritorio decidido a alzarse para construir una estructura militar de envergadura, desconocíamos de entrada las razones que lo forzaban a declararse en abierta guerra contra los gobiernos conservadores o liberales, pero la esencial comunión de intereses con los jefes nacía una vez que el accionar militar se correspondía con nuestro código de honor.

Realmente, los montoneros no actuábamos al igual que vulgares criminales, aunque sí nos impulsaba la conciencia de ser hombres libres como el agua y el viento, y no nos atraía la acumulación de bienes de fortuna. Nuestras acciones estaban precedidas por la urgencia de extirpar de la llanura cualquier acto de injusticia, garantizar la redistribución de la tierra y el ganado entre peones y arrieros, víctimas de la inclemente explotación que ejercían los godos, o sea, los ricos del medio rural.

Ahora acompaño a "El Indio" Rangel, militar audaz y ladino. Un afamado guerrillero que, entre 1812 y 1813, dio inicio con su montonera y la de Pedro Zaraza a las primeras incursiones militares de naturaleza guerrillera contra los españoles asentados en los llanos guariqueños. En 1814 Zaraza no se separó del mando de su montonera, pese a que prestaba sus servicios como soldado a la orden del general Simón Bolívar. Por su parte, Rangel continuó al lado

de Zaraza, su jefe, hasta las escaramuzas de Güires en 1822, donde alcanzaron una aplastante victoria contra bandas de españoles que operaban también como guerrillas y seguían confrontando a las fuerzas patriotas. Daba la impresión de que algunos jefes españoles estaban resistentes a reconocer su derrota militar definitiva en la mayor parte del territorio nacional. Parecía que no se habían dado cuenta de que el oprobioso poder colonial había llegado a su final, una vez que el ejército español fue vencido en Carabobo, en 1821, por las fuerzas revolucionarias.

A comienzos de 1846, Rangel volvió a la lucha con su montonera al convencerse de que El Libertador fue traicionado mucho antes de su muerte, incluso por Páez y otros tantos apóstatas, con quienes había compartido sus luchas por la independencia. Los efectivos de mi montonera vivían en los llanos centrales, cerca del estado Aragua, y estábamos todos dedicados a la ganadería y a la agricultura.

Los montoneros de ese entonces resolvimos volver a las correrías revolucionarias, puesto que se había producido el retorno del paecismo al poder, corriente política emblemática de traiciones y deslealtades, representada ahora en la persona del general José Tadeo Monagas, relevante personaje que recién había triunfado en unas elecciones denunciadas como fraudulentas por los partidarios del general bolivarista José Gregorio Monagas, su hermano.

La denuncia también ponía al descubierto cómo muchos candidatos a electores del partido liberal fueron objetados en sus nominaciones por los godos, mediante procedimientos compulsivos e ilegales. Ezequiel Zamora, uno de los aspirantes liberales, fue retirado de las elecciones como candidato electoral por el cantón de Villa de Cura, toda vez que su opción política fue desconocida, mediante el discreto empleo de similares ardides. Los líderes conservadores y liberales no tuvieron tiempo para procesar las denuncias, porque ambos bandos se vieron forzados a prestar inmediata atención a los alzamientos espontáneos de campesinos en la región central.

Los integrantes de mi montonera, en unión con la de Zoilo Medrano y la de José de Jesús González (a) "El Agachado", siempre bajo el mando de Francisco Rangel, también al frente de su montonera, iniciamos las acciones bélicas por el centro del país. Algunos montoneros propugnaban la libertad de los esclavos y la muerte violenta de los blancos. Al poco tiempo, en septiembre de 1846, supimos que Zamora se había alzado por el suroeste de Aragua y llamaba a la guerra contra los godos.

Muy pronto nos unimos a este movimiento militar todas las montoneras que lideraba "El Indio", despertaba esperanzas y captaba adherentes por la fascinación que entre los pobres generaban sus aguerridas consignas: "tierras y hombres libres"; "horror a la oligarquía"; "respeto a los derechos del campesino".

Para los campesinos, Zamora comenzaba a representar un genuino jefe popular y un factor de cambio real. Pero por breve tiempo, ya que en el horizonte de nuestras penurias se cernía otra nueva derrota militar y moral, sobre todo, después que se supo que al general Zamora lo habían capturado en 1847, varios meses después del combate en el Pagüito, donde fuimos derrotados.

Tuve el presentimiento de que mi lucha estaba ligada a la posibilidad de que alcanzara la plena regeneración de mi vida, tronchada por el padre que realmente nunca tuve. Conocerlo, en 1834, fue más que una fatalidad, quizás la peor de las que ya colmaban mi incierta vida. No podía olvidar que durante su larga ausencia mi madre y yo tuvimos que hacer milagros para procurarnos el diario sustento y para enfrentar indescriptibles vicisitudes.

Mi padre, Hilario Antonio Pérez Montes, le confesaría a Marcolina que en medio del fragor de una batalla contra los godos por el control de Guayabal, en 1834, le llegó el recuerdo sobre mi persona, su hijo. Estaba seguro de que tendría unos catorce años, por lo que, según su larga experiencia, tenía ya las condiciones indispensables de buen prospecto para la lucha revolucionaria, por tanto bien era merecedor de un buen jefe que estuviera dispuesto a hacer de mí un hombre de bien, pero ganado para la defensa del honor y la permanente reciedumbre.

—No hay nada mejor que la sabana y una dura montonera para llegar a ser un verdadero hombre libre —exclamó, con el mismo ruido cortante que produce el viento veloz al pasar entre los bordes espinosos de los magueyes—. Te lo dice tu padre que luchó con el general Páez en El Yagual, Mucuritas y Queseras del Medio, y quien antes de sellarse la Independencia ya controlaba con su montonera el pueblo de Guayabal, después de expulsar a los godos y repartir sus tierras.

Mi padre seguía siendo un montonero que atendía sus propios asuntos como criador de ganado vario, y que se resistía a ganar indulgencias con los jefes alzados contra los gobiernos, sin importar su tendencia, pues abrigaba algunas reservas que le hacían dudar de la lealtad al pregón que propalaban.

—Mira, hijo, en muchos militares bajo el mando del general Bolívar fue una constante la falta de unión, incluso mucho antes del momento en que resolvieron traicionarlo, porque siempre se sintieron más atraídos por el disfrute del poder y la recuperación de sus propiedades, que por comprometerse plenamente con el desarrollo del proyecto de la independencia americana que elaboró aquel excelso jefe militar y estadista, cuyo pensar principalmente pretendía procurar el bien de los millones de pobres de esta tierra que aún medran como animales sin esperanza alguna, y que apenas dependen para subsistir de las raíces solidarias de los pueblos donde viven.

Mi padre, entre otras cosas, finalmente, dijo:

—Hilario Pérez Montes soy yo, así me llaman y me seguirán llamando, hasta que muera el último cunaguaro. De aquí en adelante, soy su jefe y usted se viene conmigo.

De nada valió la imploración de mi madre, ya que en actitud delicada, muy distinta a la del militar de ese entonces, mi padre le dijo:

—Marcolina, él vino al mundo para dominar en la justicia y para aprender a vivir como hombre de bien, sin tantos remilgos y ataduras emocionales que lo enerven. Además, te traje un potro de nombre "El Bravío" y dos becerros, Campanita y Cerro Azul, para que no vayas a quedar tan sola.

A los pocos meses, los godos del llano en plan de aliados constituyeron un poderoso ejército para desarrollar una implacable lucha contra los montoneros, con el propósito por reconquistar Guayabal. En previsión ante lo que parecía una derrota definitiva, nos vimos forzados a desocupar esa población y a disgregarnos en pequeñas partidas con distintos jefes, para precavernos de la cacería inmisericorde que, en breve, se instauraría.

Nunca más supe de él, hasta que un día, entre las tolvaneras y los calores resecos de 1857, conversé largamente, cosa rara en un montonero, con un arriero de paso hacia Camaguán:

—A mi coronel Pérez Montes, a mala hora, lo encontraron muerto en El Yagual, víctima de las fiebres acalambradas. Pero al contrario de lo que decía

cuando le llamaban por su nombre, los cunaguaros lograron sobrevivirle. La gente que le vio, entre dolida y temerosa, estuvo de acuerdo en darle cumplimiento a su última voluntad. Por eso resolvieron la cremación de su cadáver y así evitar dolorosas recordaciones. Después de los rezos, sus montoneros decidimos sembrar un dividive en el alto donde estuvo enclavado su rancho.

La noticia dejó en mí una extraña desazón y no tardaron las lágrimas en rodar por mis resecas mejillas, pese a que todavía renegaba de mi padre. Aunque creo que en los pocos meses de vida que compartimos, empecé a conocerlo y a sentir una gran admiración por la severa disciplina que se autoimpuso para distinguirse en la guerra. Fruto de sus impenitentes esfuerzos, llegó a alcanzar el grado de teniente coronel de Infantería, pero sin paga alguna.

Guardo muchos recuerdos sobre su tortuosa vida que nada tenían que ver con la relación filial desde mi desventurada niñez, pues apenas cumplí los dos años de edad regresó a correr las aventuras que fueran con tal de sobrevivir en el llano, hasta que lo volví a ver en 1834. Durante el segundo semestre de ese año, mi padre se esmeró en tratarme con sumo afecto. Una mañana, al filo del mediodía, decidió que conversaríamos todos los días a esa misma hora para compartir el almuerzo. Fueron horas en las que sembró el cariño que jamás me dio. Por eso resolví conservar en la memoria aquellos pasajes de su íntimo vivir

que consideré más provechosos para mi formación. Luego me alisté en una de las montoneras que acompañaban a mi coronel Farfán.

Resulta inolvidable, para mí, el episodio que vivió en una tarde de toros coleados, de paso por Camaguán. Esta tradición llanera fue su pasión de toda la vida. Se prefiguraba el ocaso cuando, para sorpresa de quienes conocían de sus habilidades en estas competencias, cayó del caballo y fue pateado por varios de los animales que participaban en la justa. Por este incidente inesperado, mi padre estuvo a punto de morir. Le asistí durante un buen tiempo. Pero una vez recuperado de las graves lesiones, se dedicó a reconstituir su montonera. Durante varios días entramos en una disputa irreconciliable porque no quería continuar bajo su mando. Esa insubordinación de mi parte nos separó, en definitiva.

La montonera bajo mi comando, con el paso de los años, se fue configurando como una potente fuerza de caballería en condiciones de sorprender y de derrotar a cualquier ejército del mundo. Me sentía muy orgulloso de mis compañeros de montonera, asentados pacíficamente en las cercanías de Achaguas, donde cebaban ganado vacuno y labraban las tierras recién ocupadas. Aunque nunca dejábamos de realizar una que otra correría ejemplarizante contra nuestros seculares enemigos.

Una tarde de dura sequía llegó la montonera de "El Agachado" con la buena nueva del alzamiento de

otro jefe por el estado Falcón. Según su parecer, era pertinente que atendiéramos el llamado que estaba haciendo para que concentráramos nuestras fuerzas en un punto ubicado más allá del camino hacia San Felipe. Después del indispensable acuerdo nos pusimos en movimiento. Sobre la marcha nos íbamos agrupando con otras montoneras que también iban a batallar de nuevo bajo las órdenes del general Zamora.

Comenzaba el 1859, y yo, Juan Montuno, continuaba comandando mi montonera con el rango de sargento efectivo de Caballería, ganado a fuerza de inenarrables sacrificios, desde 1842. Realmente, recuerdo que me distinguí en numerosas confrontaciones bélicas. Durante esos sacrificados años anduve con mi gente en un permanente desplazamiento y de batalla en batalla.

Mas para nuestro infortunio, recuerdo que comenzando el año 1860, estábamos en San Carlos de Cojedes, cuando en una tarde bajita, a cada unidad, se le leyó el infausto parte militar que informaba sobre la muerte inesperada del general Zamora.

Ante tan desconcertante y dolorosa situación, nuevamente las montoneras campesinas que lo acompañábamos, parte sustantiva de su ejército de hombres libres, nos desgajamos del mismo y regresamos a los llanos altos y bajos del país. Desconsolado por la extraña muerte del general Zamora, otra gran esperanza frustrada para todos, decidí ese mismo

año congelar la rebeldía y volver a mi pueblo natal, quizás influido por la prédica personalista de mi padre, reticente a participar en las guerras civiles que adelantaran militares y políticos contrarios al espíritu libertario del general Bolívar.

En esos tiempos no era nada fácil vivir al margen de la conflictividad que durante el siglo XIX estremecía a nuestro país, propiciada por las inconsecuencias y las desmedidas ambiciones de quienes contribuyeron al fracaso del proyecto de una sola patria colombiana que, inspirado en Miranda, impulsaba el general Bolívar. Eran unos jefes renuentes a mantener una posición digna al lado del pueblo venezolano y a defender sus intereses soberanos. Acuciada mi alma por esas circunstancias y ante las dificultades para acceder al poder, resolví regresar para hacerle compañía a mi madre, quien sí sabía cómo sobrevivir en tiempos de guerra, ante enfermedades y largas hambrunas.

La muerte imprevista del general de Hombres Libres me mantuvo viviendo durante varios meses el marasmo de la derrota. Una especie de laberinto sin respuesta se forjó en mi alma y representó una dificultad insuperable que me forzaba a viajar de un pueblo a otro, con un gran dolor a cuestas, hasta que volvió el consuelo que tanto anhelaba y el final de mi vida nómade por la inmensa llanura. Luego, logré radicarme durante casi un año en el proclamado estado Zamora. Me desempeñé como expendedor en una

pulpería de la ciudad de Barinas y, posteriormente, me dedique al comercio de café, cueros, carne seca y velas. Para mi infortunio, cuando más próspero estuve, los llanos barineses fueron sacudidos por la malaria. Ante la magnitud de la epidemia, había que dejarlo todo o quedar expuesto a contraer la mortal enfermedad. Sin más alternativas, recogí lo poco que me quedaba, pues la mayoría de los negocios habían caído en la quiebra, más que todo por las derrengaderas que grandemente afectaron la cría y la posesión de equinos.

Después de saltar los numerosos horizontes que me reservó la inmensa sabana, al fin llegué a las cercanías de un pueblo apureño que mostraba estar en extinción. Me entristeció ver aquellas muestras de desolación y de abandono y las asocié, por ser muy similares, con las condiciones en que vivían otros pueblos del llano casi abandonados a consecuencia de la guerra, la miseria y la malaria.

Los tiempos también eran de obsecuente desgobierno que, aunado a las guerras internas, a las fluctuaciones en la cotización del ganado, el cuero y el sebo, así como a las dificultades para el comercio, influían de manera directa en el lento crecimiento de la población. En los años posteriores a la guerra por la independencia, los caseríos apureños parecían ruinas habitadas por las ánimas, y los pocos vecinos que sobrevivieron fueron los beneficiarios de la heroica resistencia al hambre que aprendieron los pueblos

de tanto rumiar las miserias que les rodeaban, un mecanismo efectivo que le hacía más difícil el trabajo a la Muerte.

Corralones vacíos, ganado escaso y flaco paciendo a duras penas en las escasas tierras pastoriles de los pobres; la gente vivía como adormecida por los continuos fracasos y pesares, y a la que solo el canto ruidoso del alcaraván parecía reconfortar y elevarles la moral; niños semidesnudos y barrigones, pero con destinos efímeros ya decididos por la Muerte; un pescador corriendo suertes en un caño aventado por el metano. Y, a lo lejos, la maleza avanzando con sus fuegos crepitantes hacia un riachuelo que de seguro pugnaría por no dejarse vaporizar.

Todos los acíbares de veintiocho años de ausencia allegaron a mi garganta como nudos de esparto y sentí que también raspaban mis sentimientos petrificados. De inmediato, racionalicé que nadie vendría a hacernos compañía para cabalgar y menos a vigilar nuestros correteos por las cercanías de caños y ríos. Esa delicada atención solía acontecer en nuestras pequeñas vidas del ayer, cuando capturábamos las tortuguitas, muy necesarias para emprender nuestras guerras de agua y arena contra las babas recién nacidas. Estos reptiles antes de nacer ya estaban abandonados a su suerte, entonces cómo se podía pretender, si nunca fueron amados, que se comportaran nobles y agradecidos como los perros. Estábamos conscientes de que forzábamos los encuentros entre estos

delicados seres a la espera de que surgiera, entre ellos, alguna querencia atávica.

Vi que casi a rastras salía a mi encuentro el otrora Zamuro. Le vi frágil, pero juguetón. Supuse que era mi perro de la infancia. Luego me enteré de que el perro, también envejecido, que salió muy lentamente a recibirme, era uno de los tantos descendientes del primer Zamuro, el perro de mis tiernos recuerdos. Venía como cargado de siglos, ante la larga espera por Hilario Pérez Márquez. Abrió su boca desdentada y llegué a pensar que quizá le quedaba alguna de las "muelas del juicio", pues lucía como quien al fin atempera los tempestuosos impulsos de la juventud. Tenía muchas limitaciones para caminar, pero le veía venir hacia mí muy contento y, ahora sí, como muy esperanzado. Algo extraño de aquel inesperado encuentro me hizo pensar: ¿porqué me había reconocido al instante, si era un biznieto de Zamuro? De cierto que había extraído mi olor de las décadas de hambre que posiblemente compartió con su padre, Zamuro el Viejo; y, de cierto, de los últimos jirones de vida que aun arrastraba mi madre, siempre apegada a sus flores y en permanente rogativa por mi regreso. ¿Será que su presencia jubilosa al momento de mi llegada tenía que ver con un saludo filial que mi madre le encargó, y el fiel animal al verme llegar lo manifestó con alegrías y arrebatos de amor puro?

Por los suaves y lentos movimientos de la cola quería manifestarme que estaba más que justificada su larga

espera. Con sus gruñidos, entrecortados y casi inaudibles, parecía enfatizar que aún era fiero y estaba presto para seguir defendiendo aquella heredad, como siempre lo había hecho, durante mi prolongada ausencia. Realmente, esa fue siempre su causa y la razón que también explicaba su vida longeva. En cambio yo quedé joven, desolado y despojado de mis búsquedas por una patria deseada.

Absorto en mis dolidos recuerdos, no me percaté de que también esperaba el rancho, ahora derruido y por rehacer. Entre los tres, me dije, porque presumía que mi madre aún estaría con vida, tendríamos que reconstituir la familia, aunque fuera para vernos y correr el riesgo de perder la vista de tanto mirarnos en la soledad de los ojos.

El viejo Encarnación Moreno, mi vecino más cercano, se sintió alarmado por los continuos e inusuales ladridos del perro y, un tanto triste, me refirió que el río Apure, en su afán por comportarse siempre como otro viviente trágico, se había desmadrado en una de sus mortíferas avenidas. Una consecuencia extrema de la temible inundación fue que dejó dividido el caserío en dos partes: Madre Allá y Madre Acá, después de que una veloz corriente del río abrió un profundo cauce de este a oeste. Mas para la conciencia de los siglos, este asentamiento siempre se llamará Boquerones, situado al sureste y muy cerca de San Fernando de Apure, ahora menos próspero que en su origen, cuando fue asiento primario de indios y de curas.

Los habitantes más entendidos comentaban sobre los daños que ocasionaron las tantas crecidas y de cómo Boquerones, poco a poco, fue quedando sin cementerio.

La gente, aterrorizada por la velocidad y el volumen de las aguas, y sin poder hacer nada para evitarlo, se conformó con ver cómo estas sacaban los restos óseos de las tumbas y los desperdigaban por la inmensa sabana. Y, para colmo de males, la última creciente produjo un desborde del río nunca antes visto que, a más de ensanchar el cauce que dividió al pueblo, dejó a los pobladores sin la posibilidad de recoger los restos de los difuntos que estaban atrapados en los barriales de la riada anterior. Eran las únicas novedades a registrar, de momento, para la historia dramática de este pueblo, descuadernado por más de medio siglo de guerras.

Mas, ¡qué desgracia la mía!, la última creciente también se desbordó más de lo previsto. Las aguas pasaron a gran velocidad y, ante mi presencia, se llevaron los pocos despojos mortales que había logrado recoger y colocar de nuevo en la urna de mi pobre madre. Apenas pude rescatar un fragmento de una de sus costillas y la vieja mecedora de mi abuela Mariana, de quien decía la gente que había muerto atragantada de tanto rezar, durante los tantos velorios de difuntos que dejaron las lluvias y las hambrunas. Recuerdo que mi madre usaba el acabado mueble con sumo esmero y delicadeza —era la única herencia que le había dejado su

mamá— cuando le urgía dormir plácidamente la siesta de las tardes. Recuerdo cómo al filo de las dos de la tarde me llamaba para que le registrara la abundante cabellera, y en actitud de sosiego se mecía hasta que conciliaba el sueño.

Contaba con diez años de edad. Mi madre se acostumbró a que después de la siesta me invitaba a degustar del café que solía preparar; y era entonces cuando aprovechábamos para hablar sobre mi padre.

Ella me contaba que le conoció entre aromas de azahar. Él se sintió muy atraído por las amapolas bordadas que llevaba en su vestido. Según mi madre, fue un amor de los que llaman al primer golpe de vista. Él trasladaba una manada de ganado vacuno hacia un banco de sabana, en previsión a la llegada de las lluvias. Y, sin proponérselo a conciencia, de repente volteó su cabeza y su mirada perdida se encontró con la de una llamativa muchacha de catorce años "que en ese momento y para siempre sería yo", según era su decir en aquellos años felices. Me refirió con detalles que su cuerpo, ligeramente inclinado hacia un limonero, se mantuvo así durante varios minutos, hasta que dejaron de mirarse. "Luego, poco a poco, empecé a desprender los limones que se necesitaban para darle más gusto a la comida del mediodía".

—A veces un pestañear mutuo es más que suficiente para que se encienda el candil oculto del amor que todos llevamos en lo más recóndito de nuestras almas—atinó a decir entre suspiros. Una tarde, en la plenitud de relámpagos y truenos, mi madre Marcolina encendió las lámparas de aceite y, dando muestras de tristeza, me confió un episodio de la vida de mi padre. Para ella muy doloroso, porque ese hecho malhadado influyó de manera definitiva para que se postergara la idea de formar una familia:

-Tu padre tenía conciencia del esfuerzo que tendría que hacer para mantenerme, sobre todo por lo limitado de su precario vivir y, lo que era peor, por la especie de esclavitud que prevalecía en sus condiciones de trabajo, debido a su origen incierto, pues ni sus padres ni él mismo habían nacido en el llano apureño. En 1816, al mes exacto de haberme conocido, tu futuro padre venía del fundo de Agapito Fernández, donde trabajaba como arriero, y de repente escuchó una intensa algarabía y el ruido característico de caballos al galope. Me recalcó que no se trataba de una gavilla de desalmados, sino de soldados curtidos y disciplinados que, sin dudas, pertenecían a varias unidades del ejército patriota. Estaba en lo cierto porque los soldados revolucionaros llevaban en la punta de sus lanzas y fusiles varios banderines y gallardetes. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue una banderola negra en forma de golondrina, con una calavera y una consigna: Libertad o Muerte. Después se enteró de que era el símbolo guerrero más sentido por los llaneros seguidores del catire Páez. Con suma vergüenza, me dijo que le dio por correr, no tanto por él, sino por el juramento que se había hecho a sí mismo de casarse en breve conmigo, pese a su pobreza y la mía. Me enfatizó que no pudo evitar que lo reclutaran porque, finalmente, un grupo de soldados le montó un cerco que se fue estrechando hasta que no tuvo escapatoria.

Durante la larga marcha, un viejo soldado le dio agua y, entre tanto sorbía, le dijo: "El taita Páez te mandó a buscar para que le ayudes a echar del país a los enemigos españoles que pretenden seguir apoderándose de nuestra llanura", porque era considerada un inagotable reservorio de hombres, alimentos y caballos.

En 1819 mi padre estaba en Angostura haciéndole compañía a nuestro Libertador, junto a millares de llaneros. Sin embargo, por tener una lesión de supuesta larga recuperación en su pie derecho, lo incluyeron en la lista de los inactivos temporales. Por esa razón, se le dio de baja y, en consecuencia, debía procurar su mejoría en el lugar que más le garantizara su seguridad personal.

Una vez que logró superar algunas penurias, apareció luminoso, una vez más, el recuerdo sobre el compromiso de amor que cinco años antes había acordado con mi futura madre. Por ello, decidió refugiarse en Boquerones. Al año siguiente se casaron, y trece meses después del casorio vine al mundo. Mas cuando todo apuntaba al cese de la guerra, mi padre, posesionado por las furias de la sabana, volvió

al monte en 1822 a continuar su vida de montonero productor, pero le planteó a mi madre que ya no podía soportar más la pobreza, porque solo los ojos del hombre podían saber si una mujer estaba viviendo mejor o peor.

En los años siguientes hubo momentos muy gratos entre mi madre y yo, propicios para el florecer del cundeamor y para contar historias tristes sobre pueblos y seres humanos que vivían como nosotros, pintados en el aire irrespirable de la pobreza y el desamor:

"Juan Montuno, vienes abatido de la guerra y ahora tienes cuarenta y dos años. Te conviene enmendar el mal vivir y hacerte un ciudadano de bien. Es muy cierto que los estallidos de la guerra fragmentan las vidas, desvanecen sentimientos y postergan deseos; pero también, otras veces, una sola tragedia puede pulverizar el alma. Juan, cuelga tu hamaca suavemente y para siempre bajo este cielo de palmas y cuéntalas para que algún viento del verano te las traiga de regreso, si es que los torbellinos que las ánimas dejan a su paso por la llanura llegaran a arrancarlas.

"Encontrarás para tus obligados recuerdos la mecedora, la repisa y los floreritos de la abuela Mariana, objetos que ella dejó para ambos. Siguen en el mismo lugar donde solía tenerlos, pues consideré que cambiarlos de lugar era un desatino, que podría ocasionarle alguna inmerecida inquietud a su alma. Creo que a ti no te hubiera importado, ya que desde muy

niño decías que de esas cosas más sabían las mujeres. Aprovecharás los momentos en que te asalten los recuerdos de familia para dibujar mi retrato. Ojalá aún guardes de mí algún recuerdo imperecedero, porque siempre en la guerra lo más grato y consolador es no olvidar lo bien vivido.

"En aquel rincón más claro está mi altar, coloca allí a tus nuevos héroes. Aprovecha la rinconera que me regaló tu abuela en uno de mis cumpleaños. Durante un tiempo estuvo allí el retrato de mi padre, Anastasio Márquez, pero recuerda que te conté lo poco que era dado a entretejer comparaciones atávicas entre la parentela de las familias. Y mayor era su rabieta si llegaba a escuchar murmuraciones que se refirieran a familiares en la situación de difuntos. Decía que esa mala costumbre era una intromisión en la vida privada de las personas y en la de los muertos. Por eso, nunca supe nada de mi abuela Teresita Rondón, ni de ningún otro de mis antepasados.

"Una tarde, para mi extrañeza, vi cómo el retrato desvaído de tu abuelo materno se desplazaba de un lado a otro dentro del rancho. Te confieso, hijo, que por esa razón está guardado en el fondo del baúl de tu padre. A un lado de la rinconera, a ras del suelo, encontrarás también la piedra que saqué de la tumba del abuelo, porque así alguna gente supersticiosa lo aconsejaba. También, los viejos de Boquerones me decían que era una forma expedita para que llegara la consolación definitiva a su alma en pena, a pesar

de que el cura le había dado el perdón por los pecados cometidos durante su sufrida vida antes de morir cristianamente en El Yagual, víctima del paludismo; precisamente, cuando comandaba el único batallón de zapadores adscrito a una de las divisiones del ejército del general Páez.

"A diario, pondrás tus flores preferidas de la sabana en los floreritos de barro cocido. Ojalá puedan devolver a tu espíritu un vivir más natural y coexistente con el mundo que te rodea, ahora que has decidido venir a tu pueblo: el de tus juegos azules y el de tus infancias que renacen con cada alborada.

"El viejo fogón también espera por tus hacendosas manos. No dejarás de llenar el tinajón de barriga y las tinajas con el agua del día. Limpiarás todos los días con ceniza y arena las totumas necesarias para las inevitables deposiciones nocturnas.

"Aprestarás el viejo "chopo" de cacería que fabriqué en tu ausencia. Guardarás el revólver nuevo que trajiste; y sobre el maltrecho fusil que le quedó a tu padre de la última batalla en el caño Las Coloradas, mejor será que lo vendas o lo entierres en lo más profundo de tus sentimientos, si es que aún te queda algo de eso.

"Cuidarás de un potro, nieto del macho 'El Bravío', para que siempre esté dispuesto a trabar sus combates por la defensa de este ruinoso rancho y de esta tierra de hiel y miel. Clava en la pared del frente tu madero de los juegos infantiles, que de seguro

antes identificó a algún hato, de modo que su nombre 'El Progreso' se te meta en la cabeza y comiences pronto a reconstruir el rancho y a ponerle un norte a la vida de cascabel hambriento que llevas por dentro.

"Pondrás al asoleo la manteca de culebra revuelta con sebo de toro negro. El mejunje, a más de aliviarte en algo del mal de coyunturas, te pudiera servir también para alimentar las dos lamparitas de aceite con forma de culebra de agua. Ojalá que, desde estas, llegue algo de luz a los lóbregos intersticios de tu alma pecadora. ¡Reza mucho por mí, hijo mío!".

Recordé al cura Agustín "El Bueno", así le decía la gente más comprometida con la fe, quien trajo, entre sus pocos aperos, un preparado oleaginoso que, según él, obtenía de una culebra. Y, en orden al contenido de su prédica, producía una intensa y clara luz, tan milagrosa como la del día. Paradójicamente, el cura a nadie proveyó con las luces de la escritura y la lectura, pero murió atragantado de tanto rogar por más luz para los difuntos que le llegaban en cuerpo presente o cuando en sus homilías clamaba ante Dios por más lucidez para el entendimiento de los feligreses.

Le entregó su alma al Señor de la Luz y el Camino cuando tendría unos cincuenta y seis años, aunque con menos luz en su rancho que cuando estaba en vida y, tal vez sin ningún camino claro y expedito a los cielos. Triste debió haber sido el vivir de un hombre que nunca se rebeló contra nadie, ni nunca

fue libre. Durante su niñez, allá en Las Mercedes del Llano, tal vez nadie le habló de la obligación de salvar al auténtico Cristo rebelde, Nuestro Señor de la justicia y la igualdad, víctima de tantas falsificaciones.

En sus últimos estertores, a mediados de 1854, según y que dijo, con la voz atiplada y quizás ahíta de frustraciones: "Moriré convencido de que los pueblos aman más a sus tierras que a los curas". A Dios gracias que algunos vecinos cristianos comprendieron mis exhortos y llegaron a convencerse de que los curas no llegaban al mundo para liberar a nadie, sino para resolver sus propias vidas. Por eso consideré como muy conveniente dedicarme a rezar y a acompañar difuntos, y así lo hice durante muchos años. Una actividad muy desvalorizada que adopté con gusto, sobre todo, porque nadie quería asistir a misa. Estaba bien seguro de que la pobreza no les daba para tanto, ni para la limosna. Muy pronto comprendí las profundas diferencias entre la vida del vecino y la mía. No había inflexiones ni contrastes, sino más bien la constatación de que todos vinimos al mundo a cumplir con la misión de enterrarnos, cada día más y más en los pantanos del desamor. Para muchos feligreses, en el diario vivir había pocas diferencias entre curas y oligarcas, porque ya que se extinguían al momento de repartir el dinero y el poder mundano.

Resolví que continuaría escribiendo únicamente con la mano izquierda. También consideré que era inevitable la continuación del mal vivir entre las generaciones que me vieron nacer y crecer, hasta mi preadolescencia, detenida por mi padre que se empeñó en hacerme hombre a juro por fuerza de sus ideales y de la guerra: el barbero, mi padrino, el alambiquero, Carmen Cecilia, la indiecita regordeta, rodeada de hijos-hombres; el comisario, a quien recién sepultamos sin mayores aspavientos y lutos, lo más común en tiempos de guerra; los godos más adinerados del pueblo, a cuya cabeza estaban los Montilva y los Cáceres; Pedro María, el "Mocho de la Quesera", con quien trabajé desde muy niño, por largo tiempo, y nunca recibí paga alguna; Pedro del Socorro, el arriero de la Madre Acá; Jacinto Alcántara, el quinto descendiente que regentaba la pulpería.

Todos, realmente, estaban más de allá que de acá, y casi que no quedaban males pendientes por pasar de rancho en rancho. Faltaba poco tiempo para el fortalecimiento pleno de las actitudes irreconciliables, algo así como cuando nadie quiere hablar ni mirar al otro. Faltaba poco tiempo para que aconteciera el esperado estallido de los desentendimientos acumulados como petardos en procesión.

Era de cierto que la guerra postergaba las ansias de venganza, pero era también seguro que estaba muy cerca el momento para que ocurriera la aparición de los reconcomios acunados en las almas; más que todo, si a conciencia, los pobres se convencían de que en su vivir predominaba la doble condición de víctimas y de ofendidos. Fui contratado, precisamente, por los

opulentos del pueblo para que contuviera lo más posible el conflicto de poder que veían venir a lomos de sus propios desaciertos y por la acentuación incesante de sus acciones opresivas sobre los explotados.

Acepté el cargo de comisario porque los ricos admiraban el que yo supiera oír con mucha atención y, además, les parecía que en mí se había obrado un milagro ya que podía escribir perfectamente con ambas manos. La idea fue de mi padrino, quien me propuso ante estos, cuando no sabía a qué dedicarme para ganarme honradamente el dinero.

Mi padrino todavía usaba las tijeras alemanas que trajeron entre su utillaje los tripulantes de un barco-tienda proveniente de Trinidad. El barco, después que remontó el Orinoco, por un inexplicable error, entró por La Rompía y siguió Apure arriba en 1880, cuarenta años antes de mi nacimiento. Se cuenta que la tripulación resolvió atracar frente a aquel caserío más poblado de aspiraciones que de gente. En Boquerones, la tarde debilitada por el intenso asoleo era ideal para la acción jadeante de los coleadores, pero la misma también parecía presagiar una jornada caracterizada por la muerte. Eran tiempos en que a la venganza le nacían manos largas por todas partes cual si fuera un pulpo.

Al cabo de dos meses, a los navegantes frustrados por las pocas ventas les quedó la gratitud suficiente y retribuyeron con unas tijeras al padre de mi padrino, también barbero, tal vez motivados por los extraños cortes que logró hacer en el pelo rubio de los visitantes. Todavía retumbaban en las paredes de los ranchos la algarabía de los vecinos, cuando los navegantes alemanes iniciaron la ruta de regreso, pero mayor fue el asombro de los presentes cuando a aquellos seres también frustrados les dio por darles vivas a los zancudos y a los gallos, quizás era una manera paradójica de recordar el ingrato tratamiento que les dieron esos seres durante sus horas de descanso. Hay quienes recuerdan que se alejaron emitiendo los sonidos onomatopéyicos que identifican a ambas especies.

En aquel caserío, con más carencias que gente, ejercía varias funciones adicionales a la de comisario. Ora como picapleitos ora como jefe civil, y estaba seguro de que sus moradores me veían como un apaciguador dispuesto a postergar la inminente explosión popular. La gente me respetaba y suponían que era zorruno, porque en nadie creía.

Era cierto que nadie podía sacarme de mis dudas, pero presentía que la gente guardaba un inexplicable temor hacia mi persona, porque creían que la muerte coexistía conmigo en el rancho de mi madre y, no menos, aseguraban que vivía escondida al pie del altar de mis nuevos héroes: Cristo, Bolívar, Zamora y mi hijo Ramón, todos hechos de arcilla al horno, junto con la piedra embrujada del abuelo Márquez y el ínfimo pedazo de una costilla de mi madre que logré sacar del barrial.

Sin embargo, era innegable que la lectura de tantos libros y las tantas historias contadas por los vecinos, habían impactado la manera habitual de proceder que aprendí durante mi vida de montonero, pues pasé de inclemente a moderado, pero nunca llegué a imaginar hasta qué límites. Ahora, era crítico de mí mismo, dudaba de todo y de todos. Realmente, me había transformado en un hombre riguroso, ladino y calculador.

La gente presentía que algo raro debía estar ocurriendo en mi cabeza, ya que no dejaba de leer y releer aquellos libros viejos que traje, después de haberlos desenterrado en distintos sitios, siempre al pie de un dividive, el árbol sagrado del montonero. En uno de esos lugares juré descubrir todo cuanto escondían aquellas letras tan pequeñas y pegaditas.

Cuando llegué con el arreo de mulas y los baúles, muchos se acercaron y dedujeron que era mi botín de guerra. Poco duró la presunción, pues un día el viejo César Montilva, el padre de Antonio, vino a verme para tratar varios asuntos sobre la cerca de su hato y la reciente pérdida de algunas reses. Durante la plática, no tardó en hacer aparición el odio mortal que separaba a las dos familias más acaudaladas, tanto que acusó varias veces y sin tapujo a la familia Cáceres de ser los responsables de sus recientes desgracias.

Ante su desaforada actitud, solo atiné a decirle en tono mesurado, pero altivo:

—Señor Montilva, el abigeato es una actividad sin ley y de todos los días en la llanura; y, con respecto a la apropiación de tierras, ningún propietario está seguro de cuánta tierra tiene y menos de cuántas reses vacunas o de cualquier otra especie son realmente de su propiedad. Aquí en la llanura nadie tiene registro legal de nada. Y ahora usted viene a quejarse porque le rodaron unos centímetros a la cerca de su fundo y le robaron, supuestamente, una vaca recién parida, cuando usted tiene cientos de miles.

El rico todopoderoso me respondió con la actitud alevosa del que mata sin mayores titubeos:

—Mire, usted, a mí no me venga con evasivas. O va al grano en este asunto o voy yo a resolverlo a mi manera. Nunca llegué a imaginar que existiera otro hombre en este mundo con la dimensión de sus cojones, pero tan dispuesto a andar vomitando tantas pendejadas y melindrosas opiniones. Así que usted se deja de medias tintas: mañana va donde Manuel Cáceres y me le pone en preparo sobre mi decisión de llevar estos asuntos hasta que el hueso se haga polvo de sabana o, de lo contrario, usted me responderá a cualquier costo.

El rápido enrojecimiento de su cara indicaba que debía reposar un poco antes de regresar al talante mezquino que le era connatural. Luego, un tanto más sosegado, miró hacia la improvisada estantería de palos, tablas y bejucos, ubicada al fondo del rancho, y dijo:

—¡Carajo, mijo!, usted como que sí es bien leído. Mire usted, los tiene derechitos como a soldaditos de montonera.

Sintiéndome descubierto en mi mayor debilidad, atiné a responderle:

- —¡Ah…sí, don César!, es mi botín de saberes y la única herencia que traje al cabo de veintiocho años en el oficio de montonero.
- —Querrá usted decir de matadero. Y que de saberes... Uhm. Son puras pamplinas y estupideces para vividores de otros tiempos. La única verdad es que el hombre vino al mundo a trabajar como un condenado para acumular riquezas. Lo demás son puras pistoladas. Allí está el padre Pascual divulgando que no solo de pan vive el hombre. Ha visto usted en el mundo una pendejada tan mayúscula como esa. Por eso hay tantos flojos y vagos en las ciudades —me replicó con la insania del que insinúa improperios por simple capricho.
- —Mire usted, respetable señor, los montoneros no se encaprichan para matar ni justifican la muerte de nadie. Hay vivientes que con sus quehaceres irracionales crean los motivos para merecérsela, y es entonces cuando vamos de frente y para qué más le digo. Y no nos importa el dilema de vivir o morir que le impide matar al común de los mortales. ¡Hasta luego, señor Montilva!

- —Bueno, don Juan Montuno o como diablo se llame o lo llamen, espero volver a verlo en circunstancias que no lleguen a ser peores para usted.
- —Unjú... unjú... ¡Que su Dios de los cristianos le ilumine el entendimiento para la práctica de la tolerancia con los humildes!

De mí, muchas cosas se decían con visos de subrepticio rumor: "Se la pasa de pueblo en pueblo recogiendo libros o periódicos. Cuenta todas las estrellas trasnochadas que encuentra entre San Juan de Payara y San Fernando. Vive rescatando los recuerdos guardados por la sabana que se relacionan con las innumerables escaramuzas y combates en los que participó. Dicen que los malos sentimientos solo están en el mundo para que él los disfrute, lo cual explica por qué a tan corta edad abandonó a su madre. Por cientos, según comentan, se cuentan los muertos que resultaron de su accionar guerrero, pero nadie por temor osa recordárselo".

Unos vecinos, los más irreverentes, se recostaban de las paredes ruinosas de su rancho, porque les apasionaba escuchar las cosas que decía cuando estaba dormido. Esperaban hasta que entrara en el sueño profundo. Al principio se conformaban con escuchar las referencias que hacía de las cosas que le rodeaban: del río, el hueso de su mamá, de los viajes de un tal Gulliver, de una tal... y tal... Realmente, eran cosas fútiles. De pronto, suspendía de momento mi decir quizás influido por un recuerdo indeseado o porque

di media vuelta en la hamaca. Un tanto más tarde, según el comentario, pese a la descontextualización que existía entre los recuerdos soñados, entonces me fajaba a decir cosas muy importantes:

-Yo sé quién mató al general Zamora, mi último jefe en San Carlos... Mi general Bolívar trataba con humildad y respeto a cuanto indio o negro que, por propia iniciativa o no, participaba en sus campañas... Nunca tuve un padre de verdad... Ahora, Ramón anda de farra en farra... y el carajito Celestino, conservándose en alcohol. Nada tenía de celestial, pues siempre andaba arrastrándose como los reptiles...; Viva Marcolina, qué joda esta, no!... El coronel Farfán, cuando arengaba en sus habituales pláticas con la tropa o cuando convocaba a las unidades militares para una parada militar con motivo de la concelebración de un aniversario más de la muerte del Libertador, su decir, prácticamente un repertorio de sentidas anécdotas vividas a su lado, lo lanzaba al viento con la estridencia de miles de truenos: "El Libertador nunca tuvo una palabra de resentimiento o de rencor para ninguna persona. A los esclavos de Capaya, San Mateo o de cualquier otra parte del país donde vivieran oprimidos, los consideraba como si fuesen sus hermanos, porque eran tan humanos como él. De ello estaba muy persuadido, pues siendo un niño se daba sus escapadas para jugar con los niños de hollín, y decía con orgullo que mucho aprovechaba del saber ancestral de los negros cuando lo llevaban de visita a las haciendas de la familia. Incluso imitaba a la perfección sus enrevesados dialectos".

Deduje que tal vez mi temperamento, callado por experiencia, daba para toda suerte de habladurías infundadas. Y aunque nadie se atrevía a tremolar libremente la verdad respecto de mi familia, eso era un indicativo del temor que les causaba la omnipotencia opresiva de los ricos o el temor que les infundía mi voluble conducta. Sabía que les aterraba la sola idea de que, en cualquier momento, mi conducta llegara a hacerse repentinamente irreverente y agresiva. Sabía que por la mente de la gente pasaba la posibilidad de que ocurrieran hechos extraordinarios: la caída definitiva de los cielos, el fin de los infiernos o la muerte prematura de Dios. Algo ya habían escuchado sobre el proceder catastrófico de los montoneros.

Cuando dejé de comer del pavón fresco que aderecé con tomate, cebolla y ají, aún no sé por qué dirigí mis pasos hacia el corralón de las aves. También tenía otro donde criaba varios cochinos, y a unos pocos metros me revitalizaba la sola contemplación del extenso maizal. De seguro, estaba allí por algo más que acercarles el alimento de maíz picadito a las gallinas ponedoras. ¡Qué contento estaría mi coronel Farfán, si viera que continúo siendo un auténtico campesino!

Me entretuve más de lo debido, porque por segunda vez en mi ajetreada vida veía el desperezar de varios gallos, al mismo tiempo. Todos los gallos, inexplicablemente, se alinearon y estiraron, por azar, el ala derecha, relajaron el cuerpo y se apoyaron en la misma pata. Gallos que parecían estar pensando que tenían derecho a mejores destinos, tal como ocurría conmigo.

Me atraía, en extremo, la manera de concentrarse las aves. En una ocasión pude ver, en pleno día, a un gallo somnoliento que se desprendió de la rama donde dormía. Aquel hecho inusitado me trasladó a los recuerdos de mi montonera. Para el momento, ejercía el tenebroso quehacer de perseguir, secuestrar y matar a los mercenarios que les hacían los mandados mortales a los godos. Por lo regular, los sicarios andaban muy bien armados, pero eso no nos amilanaba. También pasábamos por las armas a los godos que sorprendiéramos por los caminos y cuya disposición fuera la de andar acechando en procura de asesinar a cualquier montonero:

- "—Soldado, deje la soñarrera. Despierte ya y deje de estirarse y doblarse como un vulgar gusano. ¿Qué le pasa? ¿Es que acaso presiente muy cercana la hora de su muerte?
- —No, mi teniente. Lo que pasa es que a veces temo desaparecer dentro de mis propios miedos.
- —Ni lo piense, bisoño sin Patria. Más bien, creo descubrir en usted la presencia de la pereza que continúa a los sueños inconclusos.

- —¡Qué va, mi jefe! ¿Sabe usted? Estuve a punto de suicidarme para no dejar por los caminos los rastros de mi cobardía.
- —¡No me diga que usted es débil y esclavo de su cobardía! ¿Entonces, por qué decidió no hacerlo? ¿Por qué prefirió continuar con su tropel de renuencias por estos caminos cual si fuera una bestia?
- —Eso está muy claro, mi sargento. Realmente, no lo hice porque hasta allá no me alcanzó el coraje".

Meses después, el soldado de los miedos irredentos cayó cerca del Samán de Apure. Quedó tendido boca arriba, vigilado por el sol de febrero y perdido entre el humo y la polvareda de la sabana. Las ánimas pasaron y siguieron de largo. Los cobardes no gozan de los merecimientos de los otros difuntos, tanto que sería un reprochable descuido de Satanás si alguno lograba entrar al Infierno.

El cobarde capaz de burlarse de los designios de la muerte debía ser enterrado con la cabeza hacia abajo para evitar las contaminaciones, según rezaba la tradición. No fue por su tormentoso vivir, enconchado en los miedos, que dejaron abandonado su cadáver en el promontorio del banco de arena seca y cerca de aquella hoguera de sabana, sino porque su unidad militar tuvo que replegarse en profundidad para evitar que les achicharrara la quemazón que rápidamente consumía el monte seco.

Era habitual que mi padrino, barbero de oficio, hiciera milagros barberiles que eran del gusto de sus clientes. Una tarde de enero me recibió y pronunció mi nuevo nombre: Juan Montuno. Llegué a la barbería con la cerrada barba que traje de la guerra. Al observar la desordenada maraña con el debido detenimiento profesional, me comunicó que solo me dejaría un bigote bien poblado al centro y con los extremos puntiagudos, y que le dedicaría especial atención al delicado delineamiento que le exigía la barba cónica, ya que, según él, era la que debería usar el montonero zamorano. Después de haber admitido ante mi padrino que su esforzado trabajo me había insuflado mayor prestancia y aspecto jovial, él aprovechó la ocasión para transmitirme el mensaje de los ricos del pueblo: "Dígale a su ahijado que si desea continuar viviendo en Boquerones deberá enterrar los vientos ariscos y la acritud de su anterior vida de bandolero"

Esa tarde no estaba de ánimo para andar dirimiendo las veleidades de los godos engreídos de su pueblo natal. Salí de la barbería, siempre con la mirada escrutadora del que tiene enemigos a muerte.

Llegué al rancho y resolví revisar la historia contada el día anterior por un reconocido residente. Comencé a leerla, pero el estridente keks... keks... de muchos alcaravanes, en vuelo rasante, me produjo un sobresalto tan desproporcionado, casi un susto, que detuve por momentos la lectura. Sacudida y con desazón por dentro, la reanudé emitiendo de entrada el típico susurro de una abeja ayuna de néctar durante varios minutos, porque según decían era el más

efectivo conjuro para que prestos los espantos rezagados abandonaran el rancho.

Era un momento crucial, ya que debía evitar que volviera la foto de mi abuelo materno a moverse de un lado a otro dentro del rancho. Al final, una idea desalentadora sembró la angustia y el inmediato deshilar de mis sentimientos, porque de materializarse afectaría el modo de vivir de muchos vecinos; de tantos, que me dije a mí mismo: ¡Pobres de aquellos que están por caer en desgracia, cielo santo!

Sumergido en la comodidad de la hamaca, me ocupé de momento por tratar de entender por qué el escarabajo rojinegro ejecutaba numerosas maromas de vida o muerte para asirse a las avejentadas palmas moriche de la techumbre y evitar la caída al vacío. No entendía la razón del sobreesfuerzo, puesto que con solo esconderse en cualquier recoveco del techo podía prolongar su vida. Después recordé que durante mi niñez, repentinamente truncada, a menudo jugaba con estas delicadas criaturas. Finalmente, concluí que también el común de la gente disfrutaba al enredar más de lo debido los ya tortuosos retos de la vida.

Nadie mejor que yo para aseverar que la ley solo existía para los indefensos, regularmente pobres y también para los carentes de amor y de sueños. Mas si algún día resplandeciera y en justicia se la aplicara en el país, Boquerones se convertiría en la prisión más poblada del mundo. Guardaba celosamente las transcripciones de las historias que la gente me contaba, ya

que en ellas se evidenciaba la comisión de incontables delitos: violaciones, brutal explotación, maltratos, privación de libertad, secuestros, crímenes, abigeatos y robo de tierras. Y juré que nadie sabría de sus contenidos, al menos mientras viviera.

Al día siguiente, insistí en releer la misma historia. Pero, esta vez, decidí leerla con voz atronadora, seguro de que así espantaba las angustias que me dejaba la denuncia bajo examen. El fondo del asunto era muy complejo, ya que presentí que la lucha sería a muerte, después de tanto lidiar con las consecuencias implicadas en los presagios. El cansancio detuvo el fluir de mi pensar ante uno de los tantos presentimientos que exigía de mayor concentración.

De repente sentí que quedaron en suspenso los procesos generadores de mi raciocinio y, cual sumido en un estado de retroacción temporal, comenzaron a emerger en mi mente las deformadas imágenes de sufrimientos desgarradores que supuse como ya idos y de muchas pesadillas inconclusas que pervivían en los viejos sueños, estas últimas siempre relacionadas con la enrevesada vida de mi padre.

La inesperada perturbación evolucionó a gran velocidad hacia el estado de amnesia fugaz. Transcurrido el tiempo, y cuando en mí predominaba el caos mental, una imprevista ráfaga de viento estremeció la débil vivienda y apagó los rústicos candiles. Anduve a tientas entre dos oscuridades: la mía y la del mundo. Pese a que era un avezado guerrero habituado a la

oscuridad de la llanura, no así lo estaba con la oscuridad de la mente. El interior del rancho me lo sabía de memoria desde mis años infantiles, por lo que tanto en la claridad como en la oscuridad podía desenvolverme con naturalidad. Lo cierto es que no supe si logré atrancar la puerta o si volví a encender las lámparas que semejaban tres enormes boas, unas bellas artesanías que compró mi padre cuando anduvo de paso por Achaguas.

Continué avanzando al interior del rancho y, sin saberlo, casi rozo con la silla reservada para los conversatorios con Ramón. Normalmente, conversábamos sobre los problemas que él confrontaba por causa de mi abandono. Ramón era mi hijo con la otrora bella Justina, según me dijeron los vecinos al llegar a Boquerones, por lo que solo le conocía de oídas, hasta que tres años después de arribar al pueblo fue cuando me enteré de su mal vivir y de que estaba en prisión. No obstante, era el compañero leal y sincero que ocupaba preferente lugar en mi imaginario y con quien mantenía una prístina relación afectiva, en un pueblo donde la desconfianza era la norma de vida.

Di unos cortos pasos hacia un no sé dónde entre las dos oscuridades. Tuve una sensación extraña al tentar con mi mano derecha unos hilos, que después resultaron ser los de la hamaca. El contacto generó la pulsión necesaria para que en mi conciencia reapareciera el deseo de continuar en el mundo de vida. Abandonado cual náufrago a su suerte, pude

conciliar el sueño a medida que amansaba los pliegues de la hamaca, para mí una suerte de grandes olas que estaban destinadas a acentuar la inseguridad predominante en mi mar existencial.

Viví una situación similar en Arichuna, después de que la bala pasó rasante y me raspó unos pelos del lado derecho de la cabeza. Pasé un tiempo en tinieblas y padeciendo de vahídos, pero nunca aprendí a comprender en qué consistía la oscuridad interior del alma. Ahora, a solas en el rancho, los pocos minutos que duró el inesperado olvido transcurrieron como si hubiesen sido siglos vaciados de recuerdos.

No escuché el canto del último gallo ni disfruté del deleite que sigue cuando uno logra despertarse a un tiro de piedra de la plenitud del alba, porque logré incorporarme al diario existir bien avanzada la mañana. Con el sueño aún a cuestas, imaginé estar librando una lucha para lograr que el humectar de la neblina se impusiera a la asfixia del calor. Salí al patio con el llano en posesión de mis pupilas y, como en otros años, me percaté del comienzo de la devastadora sequía.

Solo pude ver, a Dios gracias, algunas de las maravillas del día. Una mañana ornada de lentas y asustadizas nubes, que no sabían cómo huir de la llanura, porque el viento permanecía suspendido por encima del herbazal, sin poder levantar el vuelo. También me pareció muy raro que el sol no estuviese en pugna con

la densa neblina, en su afán por imponer la pretensión cotidiana de iluminarlo todo.

Era un día que traería consigo las ya conocidas incidencias típicas de la sequía en la sabana llanera: viento, calor y tolvaneras. Pero, ya en el atardecer, el sopor preanunciaba que entraría en un sueño profundo que, muy lentamente, me sacaría del campo de la conciencia. Soñaba que si en el mundo se impusiera la ternura en combinación armoniosa con la cordura, los seres humanos se sobrepondrían a la tenebrosidad del diario vivir. Por eso imaginé estar viviendo en los paraísos más anhelados por cualquier mortal. Era la señal indubitable de que me había liberado a plenitud de los demonios de la amnesia.

Todo indicaba, en orden a mis sueños, que la llanura muy pronto se renovaría. Por tanto, habría que esperar que los seres por nacer y los que moraban en sus espacios fueran pastoreados por trombas de variable color. Y, finalmente, el herbazal vitalizado del invierno terminaría en sabana dorada o marrón, según la intensidad de la radiación solar que incidiera durante la sequía. Frente a esta última realidad también reaparecerían las tradicionales prácticas de trabajo del llanero y el progresivo endurecimiento de sus agrestes actitudes: el repertorio conductual necesario para vivir en la estación seca.

Consciente de que la sequía implicaba innumerables dificultades y esperadas estrecheces, arranqué presuroso hacia cualquier sombra para mitigar el desconcierto existencial que me provocaba el intenso calor. Importaba que meditara en detalle cómo

superaría mi situación particular. Estaba seguro de que debía actuar como el avezado llanero, siempre impertérrito frente a los rigores del sequedal, y persuadido de que indefectiblemente la muerte solía ocuparse mucho más en esos tiempos de los seres sufrientes, sobre todo de los que no habían superado con creces las desesperanzas de la vida.

Sabía de todas maneras que si alguien muere en la llanura, no suele importarle si la muerte le llega cuando descansa sobre cueros, en hamaca o en el suelo. Lo más importante era que durante los estertores que anteceden a la muerte en tiempos de sequía, se mantuviera el resplandor del llano ardiendo en la voz, así se retardaría su acometida final. La muerte, en todo caso, es nuestra única y verdadera heredad, y por eso, querámoslo o no, cada quien la lleva bien guardada por dentro.

Sin embargo, pese a los pesares, no se me sale de la mente el cautiverio que estaría pagando Ramón. ¿Qué se traerá, de verdad, la gente de Boquerones en relación con la muerte de Celestino "El Suave"? ¿Por qué el rumor pueblerino, de una buena vez, apunta hacia Ramón Sebastía, tanto que ya, sin juicio previo, lo acusan de ese asesinato?

Para mí que así como polvareda y sabana marchan juntas, también entre resolana y dilatación solar avanza el secreteo de los rumores, la fuente nutricia de los imaginarios del llanero; por sí, de talante reservado y melancólico. Por eso pienso que el rumoreo también se propaga desde Guasdualito hasta San Fernando, a través de los agujeros que suele dejar el aire, de la trayectoria que recorre el penetrante trinar de las aves y del eco que deja el nostálgico mugido del ganado vacuno, cuando trashuma de un prado a otro de la llanura apureña. Por eso creo que ya corre, como río desbordado, la murmuración de que mi hijo Ramón asesinó a un tal Celestino.

—¡Dios mío, cuándo pararán las matazones! —le escuché decir a Nicolás García, el viejo mago de la hojalata, después de haberse enterado de la inmerecida muerte de Celestino—. Precisamente, recordó lo del asesinato cuando pasaba frente a mi rancho. El comportamiento no era de extrañar en un pueblo donde sus moradores vivían en entornos influidos por los murmullos y donde se solapaban los derechos, en virtud del predominio de los miedos. El anciano era uno de los sufrientes en aquel día de mortífera luz. No obstante, consideré como de índole premonitoria su expresión, una especie de acertijo que debía merecer mi atención.

No supe cómo lo hice, pero le di un respiro a mi conciencia remota, para que no fueran a interferir algunas analogías pretéritas con las situaciones de las historias bajo examen, regularmente preñadas de ingratos recuerdos. El lápiz oscilaba y ahora su aspecto era descarapelado de tanto rozar con la pared roñosa de bajareque. Día tras día, también reducía el tamaño a medida en que se transcribían los relatos de los

vecinos. Mientras tanto, en las afueras del rancho, la sofocante luz solar se esforzaba por pasar inadvertida a su interior, hurgando a través de los pequeñísimos ojetes que el correr del tiempo abrió en las palmas del techo y en las paredes, que no tardarían en exhibir las cuadrículas de su encañado.

Desplazándose entre el juego de rayos y sombras fijas, Juan Montuno no estaba seguro de si algún vecino, entre las tantas historias, había referido algo que pudiera considerarse un indicio consistente sobre la muerte de Celestino. Al poco tiempo, me desentendí del asunto para no cargar con otra frustración o con la fugaz amnesia. Entonces fue cuando resolví, entre tantos menesteres pendientes, descansar bajo la sombra del matapalo que sembré el día en que cumplí los seis años de edad, y ahora vigilaba en solitario el vuelo acrobático de unos aguaitacaminos, un tanto dispuestos a alimentarse del sol.

Me replegué hasta el fondo del frágil remanso mental en el que nada se piensa y resistí la reverberación del sinnúmero de hogueras solares que se comunicaban de sabana en sabana; pero, pese al cansancio, no pude detener el arribo involuntario a mi conciencia de un flujo de recuerdos. Entre otros, fijé uno que me resultaba muy ingrato, porque me trasladaba a la forma en que procedí a ajusticiar a un mercenario de algún godo. Era un sicario pendenciero y de mal vivir.

No pude oler a tiempo al corpulento guerrero que estuvo a punto de degollarme, porque aprovechó el instante en que los vientos se entrecruzaron con las nubes aguaceras. El infausto hecho ocurrió, precisamente, cuando hacía la guardia en las cercanías de un bajial y velaba el abrevar del ganado vacuno, expropiado a un malvado oligarca, más aferrado al dinero que a su Dios cristiano.

De la lucha enconada salí con dos gravísimas heridas, pero pude matar al condenado. ¡Y conque pretendiendo atacar a traición a un montonero! Gracias al Altísimo en nuestra tropa militaba Ataniel, el soldado bisoño que dejó inconclusos sus estudios avanzados de medicina porque, según su padre, más urgía vengar a Bolívar y liberar la patria del yugo de los traidores, una especie de nuevos opresores que nadaban en la opulencia sin importarles para nada la suerte del pueblo revolucionario, siempre replicando desventuras. El joven me asistió con desvelo y solo así pude recuperarme en un tiempo menor al previsto.

No sin desánimo, sentí que volvían en tropel otros indeseables recuerdos. De aquella rememoración en avalancha derivé algunas reflexiones sobre las limitadas perspectivas de Patria que abrigaban los jóvenes de mi tiempo y su relación con las posibilidades de vivir dignamente en este mundo.

¡Qué extraña fue la amistad entre mi hijo Ramón y su amigo Celestino "El Suave"! Unos adultos jóvenes que, después de largas y abundosas farras, les daba igual si el rocío madrugador proveía o no sus dormirlas con nuevos o viejos sueños. Al borde de la

callejuela, pavimentada con el estiércol del ganado, ebrios en extremo, dormían muy abrazados. Tal vez creían estar viajando en paralelo a una estrella del trapecio de Orión, pese a que el sol de ese día, más bajo, penetraba con sus incandescencias al interior del plácido soñar de cada uno. Era, tal vez, la explicación para la desacostumbrada manera de despertarse dando un salto, algo parecido podría sucederle a quien cree estar mirando una nueva realidad. Lo cierto era que se enfrentarían de nuevo a un mundo pleno de cosas ya sabidas.

Estos seres un tanto deshumanizados por los vicios. Dos seres que al mirarse por enésima vez no podían superar la idea de que solo eran unos simples miserables, siempre obligados a visitar varios infiernos para obtener más el licor que el sustento. En breve tiempo quedaban nuevamente como sumergidos en el estado delirante que predomina en el vivir del consumidor vicioso de bebidas espirituosas. Y, en tal estado, si reconocían que la ebriedad estaba aún surta en los ojos de cada uno, era previsible que, en cualquier momento, la reactividad agresiva terminara en impredecibles conductas violentas.

Comenzaban a conversar de buen ánimo, pero de repente se posesionaban de sus confundidas mentes la incomprensión y el habitual mal vivir, y en un santiamén el desborde en improperios los acompañaba con la subida en el tono de la carga ofensiva.

Eran tan vergonzosas las injurias proferidas que se sentían obligados a desgreñarse sin compasión. Finalmente, entre la golpiza y la carne adolorida, curiosamente cuando ya más no podían, concordaban en una tregua, tan fútil y efímera, que se mantendría hasta que se reencontraban para la siguiente e infaltable borrachera.

Algo ocurrió con mi digestión que forzó una urgente deposición. La deyección era entre blanda y líquida, y atribuí la intempestiva necesidad a la hartura del día anterior con el asado de chigüire, acompañado de cambur verde sancochado. Después del comprometido trance, en medio de retortijones de moribundo, sentí que volvía la quietud a los intestinos y, en general, a mi estado de ánimo.

Mas la realidad precaria del llano hizo ostensible su verdadera esencia, porque un detalle inadvertido, dada la premura del momento, significó que estuviera viviendo algo así como el calvario que padeció Nuestro Señor. Ahora me confrontaba con su mismo mar de penurias, porque al fin pude verle el verdadero rostro a mi vida pletórica de miseria:

"¡Maldición! ¿Ahora, cómo hago? La sabana está seca y el interior del rancho es un pedregal rasposo, que ni para perros. ¿Cómo es posible que ni una tusa esté a la vista en cualquiera de los recovecos de este rancho de dolores y tragedias? ¡Qué desgracia! Es verdad que en la sabana para el pobre todo se da de

a poco. ¿Con qué Dios mío? ¿Con qué? ¡Ah..., ya te tengo!"

Avancé en cuclillas como quien debe ocultarse para dispararle al enemigo, pero ahora teniendo la alacena en la diana. Me vi obligado a arquear las piernas hasta despatarrarme, para intentar asir, por tercera vez, la totumita del dinero. Al fin logré sujetarla y haciendo un esfuerzo adicional saqué de su interior un papel, delicadamente doblado, lo cual ponía en evidencia que era el resultado del accionar de unas manos de mujer.

"¡Qué carajo, mi madre!, este trance es muy complicado. Luego hablaré con el bodeguero y contigo. ¡Te doy mil gracias, madre, por haber conservado celosamente este papel mohoso que registra la compra del rancho "El Progreso" al pulpero Jacinto Alcántara! ¿Qué otra cosa puedo hacer distinta, que no sea darles las gracias a ambos y a mi Dios de la sabana: el árbol de dividive?".

Entre la gente de aquel pueblo, renegrido de tanto atragantarse de sol sabanero, si acaso había alguien que intentaba, empleando las piedras calizas del camino, garabatear en las paredes el nombre que al sacerdote se le ocurrió darle a las muchas criaturas que le llevaban en solicitud del sacramento del bautismo. Sabía que las madres, casi todas, renunciaban a tener que darle nombre a la desgracia vivida que las llevó a engendrar un hijo. Y más se resistían a pasar por la vergüenza de identificar al padre del ser

procreado. Por eso, delegaban en las abuelas o en la partera el deber de llevar al niño o a la niña ante el cura Pascual, quien por hacerle honor a la discreción nada inquiría sobre las causas perdidas.

Intuí que a los pobladores les gustaba contar sus vivencias y mucho más si alguien las tomaba en serio y decidía realizar el trabajo de transcribirlas. La gente se sentía muy útil e importante. Mas pese a que no todos los estómagos tolerarían el amargor alojado en cada historia, me repetía que lo mejor era alimentar el alma, cada lunes de la semana, con la parte oscura de la tristeza que escondían las palabras en la mayoría de las historias.

Cada día me identificaba con nuevas palabras y nuevas impotencias. El hecho de saber que cada historia era un pedazo muy sensible del cuerpo social, me hacía estar al lado de tanta gente, sobre todo, de aquellas a las que el dolor más le apolillaba el corazón.

Comprendí que todo aquel ser consciente y en condiciones de decidir en justicia sobre la vida y la libertad de los demás se obligaba a conocer con devoción el modo de vivir de los seres humanos, no solo los del entorno, sino también el de los que moran en la llanura; y mucho más el de los que viven en un estado de permanente indefensión.

Aunado a esta convicción, asumí que de por medio estaba mi condición de forastero en aquel pueblo donde moraban más viejos que jóvenes. En ese pueblo había nacido, pero me ausenté desde mi temprana adolescencia. La verdad era que todos mis parientes habían muerto y, por ello, no tenía parentesco de ningún grado con nadie, salvo con mi hijo Ramón Sebastía. He aquí, pues, las razones que explicaban mi interés desbordado por conocer y registrar los testimonios de todo el que quisiera presentarlos:

"¿Cómo me dijo? ¡Hable más alto, por favor! Deje que corra el río crecido de sus vivencias. Los ríos siempre avanzan ruidosamente en sus avenidas; sin embargo, al paso de las horas terminan amansando sus iras. Que pase el siguiente, por favor".

Extenuado, recordé que ahora sí podía recostar los pies de la pared del rancho, ya que mi madre, tres veces desaparecida en las aguas del mismo río, no me reprendería. En esa misma posición me mantuve, hasta que el hambre se cruzó con la recordación del pobre Ramón Sebastía. Ahora, menos creía en los comentarios que lo incriminaban, sin prueba alguna.

Decidí preparar la sopa a la usanza de Marcolina, quien le agregaba unas pizcas de albahaca blanca a la carne de cerdo. Por instantes, me percataba de que la gente del pueblo nada comentaba sobre la vida de mi madre y la de Justina Sebastía. Había como un acuerdo subterráneo por ocultar lo más significativo sobre la vida de esas personas. Para mí que los vecinos, en cualquier caso, deseaban que continuara siendo su aliado. Al cabo de unos minutos dejé de pensar en los sufrimientos y prendí el carbón aceitado.

Con la mirada fija en los cambiantes coloridos de la flama, empezaron a arribar los murmullos como si provinieran de las lejuras del llano.

"¡Hijo mío, acércate más! Nada te dejé, pero no te vayas de nuevo a la guerra. Cuando envejezcas, entonces perdonarás a tu padre, quien murió en Guayabal. Fue una víctima de la desesperanza más que de las fiebres. Pero si su ánima vuelve e insiste en llevarte al vórtice de la lucha social, llévate el relicario de la Santa Virgen para que guardes en tu alma los dolores que más te duelan. No dejes de quererme...; Amor!".

La tristeza conmovió las pocas hebras sensibles que aún quedaban en mi alma y unas gruesas lágrimas, en medio del vaporoso mediodía, escurrieron mis últimos sufrimientos por el tamiz de los tiernos recuerdos. Mientras tanto entre los dedos de mis manos, anhelantes de muertes instantáneas o premeditadas, no cesaba de girar el viejo relicario.

Juan Montuno no nació para llorar. ¡Carajo! ¡Viva Bolívar! ¡Viva mi madre, porque solo tuve un padre para que me desgraciara desde el momento en que optó por llevarme a guerrear!

El silencio activo, mi sempiterno compañero de lectura, tomó por asalto la conciencia hasta que comprendí que el pobre era buen contador de cuitas, pues del análisis de cada relato testimonial aportado por los vecinos era posible deducir que empeoraban sus modos de vivir, pese a que el pueblo tenía dos Madres.

Concilié el sueño, sin querer, exactamente, cuando más quería pensar en que la pobreza era un asunto como el querer, tanto que queriendo a los pobres como yo lo hacía, también sentía que, a pesar del tiempo, cada vez quería más a mi madre, a Bolívar, a Farfán, a Zamora, a mi hijo Ramón y al soldado indio de la etnia guahiba que me enseñó a leer y a escribir.

Ahora que desperté debo doblar las sábanas y colgar mi ropa de siempre del perchero que me regaló un contador de historias. Empecé a preparar la cena: hígado y riñón de ganado vacuno a la parrilla, una limonada y tres tragos largos de café aguarapao. Avanzaba en la labor culinaria, cuando los ecos del pasado volvieron a reencontrarse con la conciencia:

"¿Dónde estarán ahora mis compañeros montoneros? ¿Qué será de Ciro, Alejandro, el Enano, los Tiznaos, el Chiguire, y de tantos otros que como yo olían a pólvora y a muerte? Seguro que si están con vida, también serán comisarios, reducidos a ranchos de sabana, sin que para nada el tiempo esté en la disposición de devolverle a cada uno esa parte tierna de la vida que, por muchas razones, les arrebató la guerra. Para mí, tal vez, estarán igual que yo: viviendo de unos miserables veinte pesos de salario que pagan los ricos, al menos en mi caso, para que les resuelva sus veleidosos pleitos, siempre por razones crematísticas de mayor monta".

Parado bajo el cielo del alba, degustaba el café y miraba que el sol en plan de salir apagaba luceros y luciérnagas. Después de sacar varias cuentas con las fechas, deduje que ahora deberían estar gobernando los federales, pero que sus gobiernos anodinos no se sentían en los pueblos, ya que la gente empeoraba en su condición de vivir; tanto, que muchos jóvenes, cual guiñapos andantes, se iban caminando desde los llanos hasta Caracas:

"Son tan desentendidos de los pueblos pobres, que tal vez ni sepan que me llamo sargento montonero Juan Montuno ni que soy el comisario de Boquerones. Gobiernan, sí, pero sin el pueblo indigente que los acompañó por más de seis años de guerra. Mi general Zamora, un hombre dotado del poderoso don de la previsión, quizá se percató de sus potenciales asesinos y, antes de morir, dejó abierta la posibilidad de que rompiéramos nuestros compromisos, si sus leales campesinos llegáramos a sospechar cualquier peligro que pusiera en riesgo nuestra búsqueda liberadora, o si sintiéramos que algunos jefes inescrupulosos estuvieran dispuestos a tramar componendas con los ricos urbanos de ambos bandos para quedarse, de común acuerdo, con el poder".

Hecha esa reflexión, quedé pesaroso y desvaído, como si en el curso de algún sueño hubiese perdido el relicario que en vida fuera de mi madre o uno de los floreritos que dejó la abuela para la flor sabanera. Me acuclillé en la hamaca, antes de dar el salto

para desperezar las cansadas coyunturas y, sin dejar de mirar el altar de mis héroes, tomé del agua de la tinajita, ya desteñida por el frío, y palpé con mis dedos el oscuro revolver que reposaba en la silla reservada para Ramón. Fue un regalo del general Ramos, un reconocimiento a mi valor en el combate cuerpo a cuerpo. Luego miré el arma, la tomé con fuerza y aires de muerte, y la lubriqué. Eran los pasos previos del mantenimiento, antes de introducir las balas que recién le había comprado al viejo Manuel Cáceres, quien descontaría su precio de los veinte pesos de la paga. Hasta hice alardes de buscar puntería, teniendo en mi mente el blanco de la barbería "El Coco Fino".

"No te crié y nunca te he visto. Ahora eres, Ramón, un ser vacío y arrebatado, de desconocido quehacer e irreverente, guapetón y mal encarado. ¡Ah, si al menos supieras escribir y leer! Pero ahora, un tanto más realista, pienso que quizá fuera peor, porque la cultura al liberar el alma solo ayuda a comprender el mundo y a hacer conciencia sobre el porqué existen la pobreza y la opulencia. Libre y con hambre, eso no me cuadra. La vida como que anda cojitranca en su devenir, porque así nada cambia. La cultura debe servir también para que podamos enfrentar, hombre a hombre, a los enemigos de la patria y enseñar también acerca de medios pertinentes para paliar el hambre. ¡Qué es eso de culto, pero esclavo y hambriento! Semejante situación sería igual a la que vivieron los antiguos esclavos griegos que educaban a los patricios romanos".

Un profundo suspiro suspendió mi pensar. Cuando me liberé del mismo, entonces muy exaltado, me entraron las ganas de lucir la sortija de oro y de diamantes que traía en la faltriquera desde los llanos de Cojedes, los últimos que vibraron con las auténticas montoneras de mi general Zamora. Perteneció al godo Gregorio, quien me la dio a cambio de su libertad.

—¡Qué libertad ni qué ocho cuartos, chico! —le dije de sopetón y con enojo—. El muy bandido, experto apaleador y asesino de peones zamoranos, se quería ir sin siquiera arreglar cuentas conmigo. Por el intento de desconocer mi condición de montonero, decidí dejarlo largo a largo en un banco de sabana, cercano a San Rafael de Atamaica, con dos tajos en la cabeza.

Tengo que vérmelas con cualquier malhablado que profiera blasfemias contra mi hijo Ramón Sebastía. Esta situación trágica ocurre debido a que su madre, más dedicada a procurarse desventuras, no se esmeró en modelar la rebeldía que llevamos los Montunos en la sangre. Con respecto a mí, solo tuve jirones de cielo y de sabana por hogar, el machete doble filo para resolver los desencuentros, un viejo Máuser para cazar chiguires en aguazales y esteros, y el largo cuchillo para las afeitadas o los degüellos.

Soy, como todo montonero, un ser anónimo lanzado al vórtice eterno de una historia de lucha sin fin. Todo mi amor se lo tragaron los muertos que resultaron de aplicar la justicia de los montoneros, y hasta creo que aún los veo deambulando por la sabana. He

quedado tan habituado a la vida del montonero, que sigo ensayando todos los días nuestros ardides para propiciar la muerte de los godos. Siempre nos acompaña la manera más difícil de matarlos. Luego, tanto repensé la situación de mi hijo que, sin advertirlo, me llegaron imágenes estremecedoras sobre la posible manera de vivir que le tocó soportar a mi madre, ahora difunta.

Vi a mi madre saludando desde la cola gaseosa de un cometa que hacía un rápido y repetido periplo. Iba ahora vestida con el satén rosa del que siempre me hablaba, entre suspiros. Por momentos llegué a creer que, así vestida, viviría eternamente en los cielos para envidia del barbero, quien moriría en el tranquero de sus últimos adioses o en la casa frágil y destartalada que ocupa junto con la raquítica y maldiciente Leonora, su mujer.

No sentía respeto alguno por mi padrino, porque en muchas de las historias era denunciado como un hombre sin escrúpulos que delataba a los vecinos porque emitían alguna protesta contra la explotación inclemente que ejercían los ricos. La consecuencia era que estos, por mero comentario, ajusticiaban a las criaturas que les impidieran el diario incremento de sus ya desmedidas riquezas. En casi todas las historias, los vecinos hacían graves señalamientos contra mi padrino y, los más, le acusaban de impío y traidor.

De un salto en el tiempo, posiblemente una calculada provocación del mismo diablo, estaba ahora cavilando sobre el caso de mi hijo. ¿Qué afectos y dulzuras puedo albergar para entregarlas a mi hijo? ¡Qué melindres o dulzones mimos me piden para él! Los hombres somos hechura de dolores y amarguras que, a veces, anulan los sentimientos. ¿Qué pude ofrecerle a mi hijo y al mundo, si no tuve un padre real y, si acaso, una madre de quien conservo desvanecidos recuerdos, aunque sé que me quiso mucho?

Todavía no entiendo por qué el cura Pascual, pese a mis antecedentes de hombre pendenciero, estuvo de acuerdo con rebautizarme sin importarle mi nuevo nombre: Juan Montuno. No obstante, antes de levantar la mano de perdonar, le dio por hacerme un rosario de bien pensadas preguntas:

- —¿Hijo, sientes algún vacío en tu alma peregrina?
- —¡Padre, por favor!, no jurungue mi avispero. No tengo remordimientos, porque me las juego todas y sin medias tintas. Aunque pienso que estoy desgraciando a mi padrino, el barbero don Eladio, quien aceptó darme el sacramento del bautizo con el nombre de Hilario Pérez Márquez, aunque lo de Márquez nunca me gustó y aún no sé el porqué.
- —Eso nada importa ante Dios. Él se encargará de convencer a tu padrino de semejante error.
 - —¿Has matado a alguien?
- —¡Padre del carajo!, ¿qué pretende usted? ¿Realmente, cree que habla con un desalmado o con un salvaje? Siempre actúo en defensa propia, pero pobrecito del que intente hacerme trampas. ¡Que Satanás no lo intente, porque le corto el rabo!

—¡Perdónalo, Dios! Mi querido ahijado, son tantas las situaciones que murmura la gente sobre su persona que se me hará muy difícil acudir en vuestra defensa; y por ello, pienso que así es como cualquiera comienza a compartir los prejuicios infundados que propalan los demás. ¿Quisiera usted confesarse antes del bautismo?

—¡Cuidadito con usted o con cualquier otro perverso murmurador, mi cura y padrino! Si usted perdona, yo no. Para qué más confesiones, si todas las mañanas le confieso a mi santa madre el acontecer del día. Me atrevo a pensar que está mejor informada que usted sobre lo que pasa en este pueblo, casi en extinción por la acción de los godos malandrines.

Guardó un calculado silencio, y luego preguntó:

- —¿Estarías dispuesto a enmendar tu vida anterior con el respeto a los demás?
- —¡Óigame bien, mi cura padrino! Los montoneros no cargamos armas de adorno. Nosotros somos hombres de ideales y luchamos por librar a los seres humanos de los opresores. Si la patria exige la muerte de nuestros enemigos, pues en justicia tendrán que morir. No matamos por antojos ni por cuestiones personales. Haga lo que tenga que hacer, pero no haga más preguntas, pues ya no me anda gustando esto del bautismo.

Me regó la cabeza con agua bendita. Bendijo mis cincuenta y un años, recién cumplidos en 1871. Me

encareció que me cuidara de los rumores. ¿Qué de cosas sabrá este curita que yo no sé? ¿Quién puede ser capaz de confesar a un cura? Desde la niñez, nadie me había bendecido. Rogó por todos ante Dios e imploró por la paz, lo que no dejaba de ser un ruego curioso en un pueblo sin ley. La noche taciturna se unió a la luna, que lucía de blanco granulado y rebanada su cara por un tajo de machete. Ambas tuvieron el buen cuidado de presentarse a mi segundo bautizo y siempre les agradeceré ese tierno gesto.

¡Que si había matado a alguien por simple gusto! El cura sabe vivir y decir. Eso de aceptar el rebautizo y echarse de ahijado a un viejo cincuentón, con cientos de infiernos a cuestas, me pareció muy extraño; pero lo que no puedo negar es que me tomaron por sorpresa sus capciosas preguntas.

- —¿Juan, sabes quiénes están gobernando en Venezuela?
- —Claro, Padre. Esa me la sé. Gobiernan los federales, con quienes luché.
- —No, hijo, esos ya no existen. Traicionaron los ideales de tu general Zamora. Ahora maneja los hilos del poder y gobierna de derecho el tal Guzmán Blanco. Este prohombre del sector liberal es calificado de traidor del genuino federalismo zamorano y aprovechó la ausencia de verdaderos líderes, como Falcón y José Tadeo Monagas, para desatar una guerra relámpago que llevó su Revolución de Abril al poder. En este mismo momento, las fuerzas de

Guzmán avanzan con el propósito de sitiar San Fernando de Apure, bajo el dominio, al igual que Guayana, de las fuerzas guerrilleras que ahora atienden a las órdenes de Manuel Herrera y Adolfo Olivo, anteriores jefes muy relevantes de la Revolución Azul, que estuvo bajo la égida y protección del general Monagas.

—¡Cómo que no existen! ¿Acaso no ve a uno frente a usted? Mire, mi padrino, podrán matar de nuevo al mismo Cristo, pero a un montonero federal no lo matan tan fácilmente como lo hicieron en mala hora con Nuestro Señor. Si quiere, sálgase para acá y lo verá —tome al cura por ambos brazos y lo levanté en vilo—. ¿Vio, Padre, de lo que es capaz cualquier montonero? ¿No sé cómo su Dios, Padre, podrá evitar que mate a ese desgraciado. Si mal no recuerdo, vi al Guzmán varias veces al lado de mis generales Zamora y Falcón cuando se afinaban los planes para la gran batalla de Santa Inés. Era un escribano de los oficiales superiores o también elaboraba los documentos sobre la guerra, que era necesario divulgar para conocimiento de los ciudadanos.

¡Con que pasó de asesor de mi general Falcón a gran vividor y dueño del país, pues ya verá lo que le espera a este comerciante del honor de mis altos héroes! Ese muérgano siempre fue arrastracueros. Se le veía por encima de la ropa. Creo que a él deberían preguntarle quién mandó a matar a mi general Zamora, antes de andar de patiquín disfrutando de

nuestros esfuerzos en la guerra. Algún día se impondrá la justicia y mandaré a ese traidor y bribón a la quinta paila del infierno. Habla con el coraje y la ira que resulta de la llegada en tropel de miles de recuerdos ingratos.

—¡Ave María Purísima! ¿Cómo puedes pecar de palabra si acabo de darte el sacramento del bautismo?

—¿Y eso debe importar cuando se le impone al alma el tener que cobrarle la apostasía a un perro mugriento que degeneró en cobarde?

Estaba ahora bien seguro de que las historias sobre las vicisitudes de la gente arreglaban más el alma que el mismísimo bautismo:

"Algún día iré a Caracas para arreglar cuentas con el Guzmancito ese. De esta no se me escapará, pero el caso de mi hijo se interpone como río desbordado. ¡Hasta suerte tiene ese maldito desgraciado, engañador de hombres dóciles y sin verija! Le parecía extraño que Ramón Sebastía fuera un desalmado, si mal que bien había tenido madre y la bendición del bautismo. Quizá si no me hubiera enguerrillado fuera mi hijo un venero de amor o, tal vez, fuera nada".

Me convenía depurar la mente con la misma prisa del que huye, a medida que fuera releyendo las historias, pero también tenía que ir al reencuentro con la armonía interior, porque era muy necesaria para mi renovación espiritual y para lograr la salvación de mi hijo. A pesar de que ahora me rebullía de nuevo la sangre del revolucionario, debía estar al margen de aventuras y arrebatos y buscar el equilibrio interno por el bien de mi hijo preso, hasta que se realizara el tan esperado juicio. Si alguien me obligara a tener que mancillar mi nuevo nombre, regresaría a las selvas con el primer guerrero que pase y diga: "Sígueme, si el cabalgante te dignifica". Tenía, por siempre, que enaltecer mi pasado de luchador por la justicia, y más ahora que cuento con el Dios de los cristianos y el bautismo. Aunque no sé, pero prefiero a mi Cristo que tenía sangre de guerrero y para nada era piadoso.

No protesté en los años en que viví sin tener nombre, pues no se necesitaba para matar a alguien ni para el disfrute por hacerlo. Más bien, es un oropel sin altar que a nadie salva del destino. Al solo nombre de Hilario, mi nombre de pila, sabía que debía desgraciarle la vida al montonero que nada entendiera o incumpliera con sus deberes, o a cualquier maldito godo que pecara de supremacía y hubiese decidido obstaculizar el cumplimiento efectivo de nuestras acciones revolucionarias.

Era hombre de confianza y siempre estaba dispuesto a dar fiel ejecución a los asuntos que más enojaban a mis jefes. El nombre solo debe servir para que alguien nos despierte, y eso si a uno lo necesitan de verdad. Pienso que el nombre de batalla o un sobrenombre es muy útil si durante los sueños profundos que siguen a una buena borrachera, escuchamos que alguien nos llama desde el más allá: ¡Juan Montuno, Juan Montuno, párate, por favor!, ya está servida la comida. ¿De qué puede servirle a la gente el nombre de un cronista resentido, receptor de historias tristes y enfermo de tanto asimilar y compartir los ocasos del vivir de los otros? Bueno, lo cierto es que el nombre a nadie salva.

Volvió la luna provocadora del año pasado, la misma de mi bautizo: bella y luminosa, pero, ahora, con el blanco oleoso que vi en algunos de los cadáveres sometidos a la hoguera de la sabana. Encerré los pájaros, ahora más flacos por los calores. Apagué las últimas ascuas del fogón. Comí algo distinto: guisado de tortuga carey. Luego me tocaría devorar, y sin derecho a regreso, las páginas pendientes de *Los viajes de Gulliver*.

Empecé a volar, asido del soñar, y desde las alturas podía ver los esteros pletóricos de corocoras, carraos, chigüires y garzas bancas. Descendí muy oxigenado sobre un cielo invertido y allí las estrellas eran inmensas bolas ígneas, que trasladaban ese fuego originario hasta un lugar del universo donde solo se alimentaban los dragones.

- "—Hijo mío, como sé escribir y leer, estoy dispuesto a salvarte.
- —¡Eres mi padre o no me importa quién seas!, en todo caso celebro el que te hayas apiadado de mi desgracia.
- —¡Por favor, Ramón, no intentes abrir las puertas de mi corazón, pues será mayor el sufrimiento!

Lo que realmente lamento es que tengas ocho años preso y yo sin saber dónde te tienen prisionero. Y lo más extraño es que aún los demandantes de justicia no hayan enterado a la gente con relación al juez que asumirá tu caso.

- —Está bien, está bien..., mi patrón. ¡Ah malhaya un buen trago para compartirlo con quien se ocupa auténticamente de mi padecer!
- —¡Que viva mi padre!, y no lo jodan más con podridas acusaciones".

De momento, la alegría derivada de aquel rápido sueño deshiló mi alma tosca, colmada de pecados. Dormí, por primera vez, y alcancé el umbral del descanso hasta el amanecer, en el catre de mi madre, que combinaba el olor de los mastrantos con el inconfundible de su amor. Además, quedó en el ambiente del rancho, por momentos, el cautivante aroma del perfume que mi padre compró a un vendedor neogranadino que se desplazaba en su canoa entre las márgenes del Meta.

Después de enviar a un no sé dónde los sueños inconclusos con el dorso de ambas manos, sembré de cruces el aire y encomendé mis tristezas al naranjal del viejo Custodio, venido a menos por la larga sequía.

—Camarita: hable con Nicanor Coronado para que le espante el mal de ojo. Usted sabe que la sangre blanca se le sube a las espinas y después cuesta para que baje—le dije. "Sí, Ramón Sebastía, te defenderé, porque escribir es garabatear en el alma con el estilete de los sufrimientos. Es registrar el acaecer de tu vida en el papiro de los sueños. Me preguntas sobre si es útil para engañar: ¡claro que sí!, y aún más si se usan bien las palabras. Y tendrás trascendencia, si de continuo observas siempre la misma manera personal de expresarte. Es decir, que lo hagas con un estilo propio para escribir o hablar. Entonces, Ramón, solo así se puede lograr cualquier cometido en el mundillo mezquino de los opulentos del país. Te llenan de reconocimientos así no tengas compromisos de ningún tipo con nadie o seas de malos sentimientos.

"Te lo dice tu padre, quien cinceló su nombre en las grandes piedras de los ríos, en la corteza de los árboles, en los bancos de la sabana, en el barro de los aguazales y esteros, cuando fantaseaba con la luz que dimana de los nombres de las cosas en la esperanza de que guiaran mi trabajo afanoso con las grafías de las letras y con las palabras. Así, entre lamparazos de luna e intermitencias de luciérnagas, hice conciencia de que era un montonero, pero con toda su voluntad por delante para lograr ser otro.

"¿Que a cuántos maté? De cierto que maté, aunque en nuestras guerras nadie lleva las cuentas de los bandos en pugna ni de los que morían. Discúlpame si me vanaglorio, pero te confieso que dejé con vida a un elevado número de enemigos, siempre a cambio de alguna ofrenda o de algún compromiso con la

guerra. Pero más sentía la obligación de perdonarles la vida, si algún condenado a morir me ofrecía los libros que celosamente atesoraba. En la guerra, la clemencia es un azote de la conciencia a la hora de quitar la vida, pese a que el otro también está endemoniado en contra de uno. Es de cierto que hay combatientes que se dejan matar por descuido o porque no aman la vida. Te juro, mi hijo, que jamás maté alevosamente a nadie como lo hicieron con tu amigo Celestino.

"Dicen que el tipo era respetuoso, pese a ser apasionado parrandero. Era reconocido por un inocente alborotador de pueblos. Creo que comparado con los muertos que cobré por cada una de mis quince heridas, se trataba de un ser inocuo. Por cierto que la última de mis heridas fue en el paso Baronero, aquí en la pierna, donde le dicen en criollo 'la batata'. Así, adolorido y renqueando, marché con la tropa para cumplir con la orden de concentrarnos en Santa Inés. Si los soldados avanzan, entonces es porque la tropa anda bien. Esa era la especie de certidumbre en que confiaban los altos jefes.

"Bien entrada la tarde vimos a varios godos acompañados de sus recuas de mercenarios. Provenían de la fértil tierra barinesa y el ánimo, entre ellos, era de alborozo, aunque no iban para un bautizo de ángeles, sino para una cruenta confrontación donde estaría en juego la vida. Realmente, no habían adquirido la forma y el proceder del soldado, porque se les alistaba sobre la marcha a cambio de un pago que

devengarían durante el tiempo que durara la lucha contra los alzados en armas. Eran tipejos dispuestos a matar con tal de ganarse alguna que otra granjería adicional o la buena voluntad de sus jefes, por lo regular, lacayos a su vez de los godos más ricos.

"El día anterior habíamos pernoctado cerca de Altamira, atendiendo la orden de hacerles seguimiento a los movimientos de las tropas del gobierno. Y el 7 de diciembre de 1859, bajo las órdenes del general Pedro Ramos, entramos en combate en los aledaños del caserío Masparro. Allí, los godos cobardones recibieron una desmoralizante derrota. Mas gracias a una férrea disciplina lograron retirar, aunque con muchas pérdidas, al grueso de sus fuerzas hacia Los Naranjos. La persecución no fue en vano, ya que logramos encerrarlos un buen tiempo como a toros para el coleo. Por orden superior levantamos el cerco y embarcamos, a disgusto, por el río Santo Domingo con dirección a Barinas.

"Fíjate, Ramón: la cicatriz tiene dos huecos. ¿Que cómo detuve la sangría? Recordé que nada mejor –decía mi padre– para detener la hemorragia que taponar los huecos de la herida con barro de sabana y chimó, y santo remedio.

"Te preguntarás, ¿qué buscaba con estas correrías que me permitieran ahora justificar el hecho de tu abandono? Nunca hice del pretexto un rodeo cobardón para justificar nada. Por eso, con apego a mi costumbre de toda la vida, te diré la pura verdad, Ramón.

Escucha, hijo: la conciencia se adquiere a medida que a un guerrero de montonera se le ordena, por razones varias y bien justificadas, fusilar o colgar a los oligarcas que traicionaron los ideales de mi general Bolívar; y, mucho más, si también se nos hace comprender que con la lucha también se busca que los campesinos y los pobres tengan sus tierras y sean realmente libres en su propia patria.

"Ramón, te insisto, los ricos son los dueños del llano, tanto que cuando naciste ya eras pobre y tu vida futura hubiera sido la de llegar, con mucho, a miserable peón de fundo ajeno, o sea, un siervo de la gleba, según lo que leí en un libro intitulado *Historia de la humanidad* que perteneció al general Falcón. La verdad es que llegó a mis manos, aunque debes saber que los libros pasan de mano en mano entre la gente, pero también pasan sorpresivamente de uno a otro pueblo, de un jefe a otro jefe, de una casa a otra casa".

La noche anterior al comienzo de la batalla de Santa Inés, un coplero de esos que no duermen y le cantan a la sabana, dijo:

—Amigo Juan, te admiramos el coraje para ajusticiar al godo malvado, sin que te importen las heridas. Por tu entrega heroica, improvisaré unos versos. Pronto estará aquí mi general Zamora, el "Cara'e cuchillo". ¡Ah, hombre pa' bueno, caray!

Y arrancó a cantar: "La copla del montonero".

Montonero que no mata ni sirve para vigón pendejo será sin alma y morirá sin redención.

Si en precaución no remata ni a un soldadito de plomo ni tiene curtido el lomo ni busca acertar con balas por las buenas o las malas.

Con quince heridas vive un Montuno sin apuro porque sabe darle duro al godo que aún sobrevive.

Espanto a nadie revive y si el Cristo bien bendijo al Montuno con un hijo también dijo que por miles raspe a los tantos viles oligarcas que él maldijo.

"Ramón, si Justina, tu madre, se hubiera venido conmigo al monte, no hubiese vivido de manera tan calamitosa durante los veintiocho años de guerra. Claro que había otras mujeres, pero con el coraje de cientos de hombres. Brunilda vivía cerca de unos jagüeyes. En unos ríos lavaba la ropa de la tropa,

golpeándola contra las rocas y, en otros, golpeaba las ganas del amor con los soldados. Parecía la propia virgen de los bajiales y, según contaban algunos rondines enamorados, aparecía saliendo de los barriales para hacer demostración de sus maravillosos encantos.

"Decían que al cabo de pocos años ya lucía anticuada, porque ahora repensaba todo cuanto hacía, de modo contrario a la manera intempestiva de reaccionar el llanero. Nosotros no andamos con tantos remilgos para copular. No creemos en el déjalo para después, sobre todo cuando el amor nos salta a la vista y la pasión instantánea adquiere un acometer violento, muy similar al del gallo. Se dice que en uno de esos efímeros encuentros pasionales con un volcánico llanero, al parecer, la pobre Brunilda perdió la vida en medio de la excitación sexual. Los baquianos encontraron el cuerpo exánime de la esbelta mestiza, rodeado de flores mortecinas.

"La que anduvo más tiempo conmigo fue la Herminia. ¡Ah... india pa' buena, mi hijo!, hasta que un mal día me la cambiaron para Elorza. La agraciada mujer era lejura y misterio de sabana, a un tiempo.

"Oye, Ramón, el amor de la mujer llanera asusta. Su indomable espíritu es muy semejante al del caballo encabritado y es entonces cuando más se hace irreverente y digna. Por eso, nunca se sabe si nos soportarán el tiempo necesario para amarlas. ¡Ah, mira, qué mujeres tan verticales, como pocas se dan en el mundo! Se trasforman en el propio macho, si se

les sube la pluma de la indignación. En un instante ellas, en el diario vivir, arden cual si fueran muchas Troyas; pero lo son más en la intimidad, donde semejan un inmenso candelorio como si fueran la expresión de todas las velas del llano que se dedican a los difuntos. Indudablemente, también en la vida cotidiana son la furia del viento en la llanura.

"En el llano las horas también se cuentan con el alma. Ese estado anímico, por lo regular, era más evidente cuando el sol angostaba las aguas y blanqueaba los huesos del ganado. La vida tanto se restringía que el tiempo replegaba sus andanzas y el calor todo lo convertía en quietud y silencio. Eran los tiempos en que el montonero, a veces, se alojaba en los caseríos o se refugiaba en galeras y bajiales, bien parecidos a los oasis del desierto, cuando no tenían dueño ni alambradas. De modo que eran espacios abiertos al mundo.

"Si no fuiste el victimario, Ramón Sebastía, por qué todos te acusan y estás preso. ¿Quién ordenó que te apresaran, si yo soy el comisario y tu padre? ¡Claro! Con toda seguridad que son los godos, dueños de casi todo Boquerones y del ganado que pisa esta tierra mancillada por la opresión, quienes te condenan, por mero antojo o por algo más que debo averiguar en las historias. A menudo, los poderosos cobran alguna deuda pendiente a cualquier hijo de vecino, sin importarles si la futura víctima tiene alguna vinculación con el linaje de algún ricachón o no.

"Estoy casi seguro de que estás preso por orden de Antonio Montilva, el joven. Un patiquín de agua dulce que solo vino al mundo para lamerme las botas. A todas estas, me digo: ¿dónde te tienen preso?, ¿cuándo vendrá y quién será el juez? Seguro que si ya lo nombraron y, si por un decir, se le mete Satanás y comienza a montar las trampas que empleará contra ti, hijo mío. ¡Ay de él si así llegare a proceder, porque en ese caso mejor que vaya preparando, de una buena vez, sus funerales!

"Es muy difícil salir vivo de este pueblo que sabe de muertes, cuando la gente se lo propone. Si tú eres juez y llanero taimado, según te pintan los murmullos, Juan Montuno es montonero federal y sabe matar.

"Quiera Dios que el juez no venga prejuiciado y pretenda despachar de un plumazo la vida de mi hijo, porque pienso reivindicar mi maltrecho nombre y compartir con él las alegrías de la vida que nunca le di. Sé que el barbero es otro Judas y que podría perjudicarnos en cualquier momento o cuando se le antoje y, más ahora, que podría estar disgustado porque lo relevé de la condición de padrino. Es muy peligroso y de poco confiar, ya que es un correveidile de los ricos".

Cuando el color de la sabana cambiaba sus dorados pastizales, lentamente, para el marrón claro, las daras abrían los pajonales resecos en la búsqueda de algún humedal que les salvara la vida. Por mi parte, todas las tardes oteaba el río Apure desde lo alto de un samán.

Casi caigo en la obsesión de tanto esperar la llegada del juez, porque creía estar viéndolo por todas partes. Desde allí, también escrutaba por si algún hombre de confianza de los godos se atrevía a espiar la vida de los vecinos, para luego ir con el chisme a los Montilva, los supuestos agraviados por la muerte de Celestino. Pasaron tres años y nada del juez. Suspendí la vigilancia porque ya me dolían más los huesos que los ojos. Tenía por seguro, además, que durante la sequía mi vida transcurriría entre el recordar y el repensar siempre lo que debería hacer en el momento de defender a Ramón.

Era el tiempo en que el viento alisio dejaba su huella erosiva en el terregal de la sabana y, montado sobre la tolvanera, viajaba en volandas para esparcir las finas arenas y las arcillas pulverizadas, alojadas en las playas de los ríos en estiaje.

Era el tiempo en que las ánimas recorrían sus costas y riberas para impedir la formación de los medanales eólicos y los bancos de sabana, porque eran lugares reservados para servir de morada a los espantos de la llanura y, no menos, de escondrijo para acechar permanentemente a quien anduviera de paso o pernoctara en ciertos parajes del llano.

"Ramón, contrariamente a lo que puedas pensar, el llano cambia, pero la lucha del montonero no distingue entre estaciones. En tiempos como este era cuando el montonero ajustaba cuentas con sus acérrimos enemigos. Por eso debo darte una relación detallada acerca de cómo éramos, cómo operábamos y cómo vivíamos.

"Una mañana de violácea envoltura y con el viento convertido en miles de polvaredas que arrancaban los pastizales y los pajonales resecos, ordené a mis hombres salir de la arboleda que había servido de techo para pernoctar.

"Disfrutábamos del tiempo de reposo que siguió a la orden de desmovilización que dispuso el coronel Farfán, a mediados de 1836. Luego supimos que la extraña situación de desmovilización se debió al decreto de amnistía que emitió el gobierno el 9 de julio de ese mismo año. Los hombres de la montonera estuvimos de acuerdo en acatarla, pero después de la derrota en San Juan de Payara, resolvimos continuar en guerra contra el paecismo y contra cualquier godo opresor que encontráramos en los llanos de Apure y Guárico.

"El estado mayor de nuestra montonera concordó en que una de las causas por las que fracasó el proyecto de una sola Patria que preconizaba nuestro Libertador fue, precisamente, por permitir que se llamara a la desmovilización del ejército. Por esa razón, su posición quedó muy debilitada ante sus cerriles enemigos. En conocimiento de esa amarga experiencia, los montoneros concordamos en la estrategia de continuar con la guerra civil, aunque fuera larga o de desgaste.

"Con el sol implacable en el cénit de un día ardiente de 1848, al igual que ahora, divisamos como entremetida en la polvareda marrón, a una tropa en movimiento que estaba en lo más alto de una duna rojiza de casi cuatrocientos metros de las tantas que existen en Las Galeras, unas formaciones boscosas y semidesérticas que el tiempo formó entre el Capanaparo y el Cinaruco. Pudimos precisar que era un grupo de mercenarios, dispuesto a confrontarse con mis montoneros. Un personal reclutado por el godo del hato La Primavera para que nos forzaran a abandonar el área de Las Galeras, refugio ideal para asentarse por años, a la espera de mejores oportunidades para alcanzar el poder.

"El desconocimiento de la zona llevó a los enemigos hacia su propia trampa. Ordené mantener la espera y observar, pues presumimos que no sabían cabalgar por aquellos medanales, por lo que era de esperar que si las cabalgaduras se desplazaran a una velocidad mayor de la necesaria en la parte más alta y dura de la duna, entonces ocurriría inexorablemente lo que habíamos previsto: los caballos perderían el agarre y enterrarían sus patas delanteras a nivel del brazuelo.

"En un instante, los mercenarios atacantes quedaron indefensos en medio del arenal, entonces ordené una ofensiva incruenta dirigida solo a desarmarlos y a quitarles las cabalgaduras. Muchos prefirieron quedarse en nuestra montonera, antes que volver a sufrir los embates de la humillación o posiblemente la muerte por parte de los godos. A otros se

les comisionó para el traslado de unas reses vacunas hacia Las Galeras, a cambio de la vida de los godos que capturamos, o sea, aquellos muy envalentados que rechazaron el compromiso de no participar más en persecuciones contra nosotros. Pese al canje justo que propusimos, los peones designados para traer los animales sabían que serían considerados como traidores por los godos partidarios de cuanto gobierno se posesionara en Caracas. Y estaban seguros de que contra ellos se desataría una implacable persecución que debería terminar con la muerte. Sin otra alternativa que les garantizara la vida, en lo inmediato, los comisionistas optaron por unirse a nosotros. Ahora, la montonera constaba de mil efectivos, todos guiados por el mismo código. Al cabo de varios meses emprendimos nuestra acostumbrada salida de las selvas de galería del Capanaparo y le dejamos al viento la reposición del frágil equilibrio en los arenales.

"La vida aventurera del montonero es cautivante y llena de imprevisibles peligros que hacían más fascinante su oficio de militar justiciero y liberador, por lo que era impensable el regreso a los pueblos de origen, ya que allí les esperaría una muerte segura, tarde o temprano, por parte de los dueños de las tierras. El montonero evade y huye siempre de sus mortales enemigos, pero se mantiene al acecho para destruirles. En esas condiciones de qué podían valer los indultos, si el montonero es un ser superior por el

simple hecho de que su tarea es someter o controlar los desmanes del opresor.

"La tropa montonera es una fuerza que hace de la espera su estrategia esencial, entre tanto, vive de las expropiaciones que ejecutan contra los ricos del campo, asentados en hatos y haciendas, a pesar de que estos tenían fuerzas mercenarias y peones a su disposición para repeler y perseguir a nuestros efectivos.

"Era reconocido el riesgo que significaba velar la vida de los montoneros, ya que estos operaban cual una familia en permanente estado de rebelión contra los poderosos de toda laya, más que todo de aquellos que hicieron de la llanura su hogar. Perseveraban en la permanente movilidad para hacerse invulnerables y ponerse fuera del alcance de cualquier fuerza extraña que pretendiera doblegarlos o extinguirlos. Nadie podía prever por dónde saldría una montonera con afanes de castigo, expropiación, asesinato o negociación, a fin de proteger bienes y personas. Así, creaban la desazón y la inseguridad entre sus mortales enemigos. El montonero de sabana era impredecible, terrible y cruel. En realidad, era una máquina de matar, regulada por su propio código de justicia".

Durante la larga espera que antecedió al juicio, opté por dejar la vigilancia que mantuve en relación con la llegada del juez. La vela infructuosa, entre otras situaciones, me forzó a regresar al rancho.

Ahora tendría más tiempo para imponerme más en detalle de los contenidos de las últimas historias. Meses tras meses estuve en plan de cartujano, hasta el agotamiento de las provisiones. Luego férrea disciplina por delante, característica de los montoneros, continué con la lectura de una selección que preparé con esmero.

Cuando releía la historia más reciente, salté sacudido por la emoción y abandoné la hamaca. El esfuerzo titánico, quizá, insumió buena parte de la energía que aún podía quedar en mi cuerpo, desgastado por el calor de la cuaresma y por las inevitables hambrunas a que obligaba la escasez de los alimentos. La angustia concentrada en un sinnúmero de preguntas y la necesidad de fijar la mirada, cada cierto tiempo, en los reflejos del revólver, forzaron en mí una rápida reacción que me llevó al patio del rancho.

Nunca nadie me había dado tantas demostraciones de ternura y menos, se había comunicado con la sinceridad que me mostraba mi hijo Ramón. Por eso, rechazo por desestabilizadora de mis afectos la sola idea de que mi hijo fuera un asesino. Alguien pudo haber matado a Celestino "El Suave", porque mi hijo nunca portó arma de fuego y, además, no sabía cómo usarla, según me lo dijo en un sueño.

Las preguntas que me planteé entre las turbulencias de mi mente procedían de la lectura de una historia que me enviaron de manera confidencial. La historia en cuestión era fundamental para sustentar la adecuada argumentación que requería para asumir la defensa de Ramón Sebastía. Tomé agua. Sentí que bajaba cual suave arroyo hacia mi interior y comencé a notar que la sensación placentera, muy lentamente, se imponía sobre la agrura de mi anterior estado de ánimo, afectado por las preocupaciones. Tragué, tragué... y tragué con absoluta tranquilidad, al constatar que las angustias empezaban a desocupar mi alma deshilada:

"¡Anjá... anjá, ahora sí te tengo, pajarito Montilva! ¡Conque acusando a inocentes, no! De aquí en adelante tendrás que vértelas con este viejo zorro. Quien haya sido el homicida no es más que un maldito y cobarde rufián".

El contenido de esta nueva historia confirma la hipótesis de que el joven Celestino fue asesinado por algún sicario:

"Pese a que la noche estaba acompañada por una lluvia fuera de control, emprendí el habitual recorrido hacia mi casa. El frío de la noche y la interminable lluvia se entremetían en mis envejecidos huesos y, ante la posibilidad de contraer un resfriado, realmente anhelaba estar al abrigo del calor hogareño. Los temblores obligaron a que me guareciera bajo el ancho alero de la barbería "El Coco Fino".

"Todo estaba tan oscuro que debía hacer un considerable esfuerzo visual para precisar lo que ocultaba la noche, para mí que muy afanada en negar la existencia del mundo. Los intermitentes rayos con su luz

instantánea me permitieron ver una sombra alargada y voluminosa que se abalanzaba con rapidez sobre otra de menor volumen y altura, pero la verdad es que empecé a temer por mi seguridad cuando escuché cuatro disparos consecutivos. Los truenos se alejaban y disminuían su fragor, en señal de que pronto amainaría la lluvia.

"Allí estuve a la espera de que las desesperadas aguas escorrentías terminaran de bajar por las viejas y las nuevas torrenteras naturales. Al aclarar la noche, entonces caminé para precisar qué era lo que flotaba en el cercano lodazal. Aparentaba ser algo muy grande que poco a poco arrastraron las aguas hasta aquel recodo del camino. Lo que fuera, realmente se veía muy enredado entre diversos materiales acarreados.

"A medida que avanzaba el drenaje de aquellos espacios, empecé a hurgar en los residuos de piedras, tierra y ramas que ocultaban aquel voluminoso bulto que atraía mi atención. Para mi sorpresa, una vez que logré despejar los materiales acarreados, quedó al descubierto el cuerpo de un hombre. Me acerqué lo más que pude y me cercioré del hallazgo. Un fugaz paso de luna que logró atravesar la densa nubosidad, me permitió comprobar que el difunto metido en el aguazal era Celestino 'El Suave'. Fue un momento de infortunio y de mucha tristeza para mí, pero que al mismo tiempo me hizo reflexionar sobre el riesgo que corría

mi vida. Por eso decidí no poner la denuncia. El puro miedo me contuvo, porque uno no es adivino para saber si alguno de los poderosos godos estaba interesado en el asesinato de ese muchacho. Aunque era un joven de vivir descarriado, nadie tenía el derecho a quitarle la vida".

Ramón, por su manera decidida de hablarme y porque a nadie teme, sé que no hubiese dudado para informar a todos sobre el hallazgo del cadáver de su íntimo amigo o de cualquier otra persona. ¡Cosas del temor en los pueblos pequeños!

"Fíjate, hijo mío, cómo nada en el mundo está en paz, porque las actuaciones que involucran la crueldad ocurren porque la gente excluyó la moral de sus cruciales asuntos. ¿Quién aquieta mi desazón ante las tropelías que comete el viejo traidor que actualmente gobierna, un pícaro de siete suelas, ahora entronizado cual virrey colonial en el gobierno de este país? Tener gobernantes así es más que vil afrenta. Ahí está el fulano del Guzmán, un truhán acicalado que hizo de la Guerra Federal su negocio personal, al igual que el suegro de mi general Zamora, el otrora admirado, mi general Falcón. Ambos degradaron el esfuerzo bélico del llanero venezolano y de resultas convirtieron los gobiernos federales en dictaduras privadas que compartían con la godarria oligarca. Realmente, el tal Guzmán vive de la renta pública, o sea, de nuestro dinero, y gobierna a Venezuela como si fuera una manada de ganado vacuno, porque vive como trashumando, en tanto que alterna la gestión del período de gobierno con un lapso de vida muelle en París y otro, igual de ostentoso, en Londres.

"El muy descarado vive en la opulencia y se pavonea ante los gobiernos foráneos y los centros financieros de los imperios de Europa, haciendo negocios, aparentemente, en nombre de la patria. Hoy es uno de los hombres más ricos de Venezuela, después de Páez, y hasta ordenó, sin escrúpulo alguno, que le levantaran estatuas para que el bronce eternizara su 'excelsa' persona. Ramón, te puedo asegurar que extravagancias de esa naturaleza jamás pasaron por la mente preclara de hombres ornados por la gloria como el gran Bolívar, y menos por la de Zamora, el general de hombres libres.

"Eso habrá de durar hasta el día en que sus cortesanos, elegantemente ataviados y prostituidos como él, griten despavoridos: ¡Mataron a Guzmán!, y el comentario en los funerales se haga reiterativo: 'Este grande hombre, ejemplo de dignidad y amor a su pueblo, fue alevosamente degollado como si se tratara de un chivo cualquiera'. ¿Es que acaso debe haber piedad para quien, después de Páez, volvió a poner en venta la espada insigne del general Bolívar y reforzó la entrega del país a sus secuaces que pululan en los gobiernos imperiales del continente europeo?

"Mi belduque volverá a imponer la justicia que quedó pendiente en aras de reivindicar nuestro esfuerzo, porque quien mata a los traidores salva al género humano. ¿Quién lo matará, me preguntas,

hijo? Quizá yo u otro tenga que hacerlo, pero sé que se impondrá la voluntad de mi general Zamora, vilmente asesinado y traicionado por estos animales oligarcas, que si por mí fuera ya estarían en extinción.

"Para colmo, este desgobierno de corruptos desalmados decidió enviar a un juez para que impartiera justicia en el caso del asesinato de Celestino 'El Suave'. Ese juez estará siempre contra ti y a favor de la decisión de los ricos, la fuente de la ley oficial en este país. Resulta que, por los comentarios, califican este crimen como una vindicta y los que así piensan se inclinan también por acusarte de este crimen. Todo indica, Ramón, que tu culpabilidad es cosa juzgada, por lo que ineluctablemente se te condenará a la muerte".

El viejo Raimundo Ortega, habilidoso montonero que aplicaba su ley entre los ríos Guanare y Guanare Viejo, en el sur adentro de la provincia de Portuguesa, recuerdo que me relató una situación que vivió intensamente, tres días antes de la batalla de Santa Inés:

"Amolé bien mi machete 'cola de gallo'. Los destellos que emitían ambos filos me anunciaban que el alba estaba por comenzar. Tres décadas antes de unirme al ejército patriota dejé La Unión, mi pueblo natal cerca de Ospino, al otro lado del río con el mismo nombre. Tuve el honor de luchar al lado de nuestro Libertador en varias ocasiones. "Ese día, empleando la astucia insuperable del indio, logré colarme en el caserío de La Unión, cuyas casas estaban tan adosadas que tenían una pared de bahareque en común. Por ese hecho, la privacidad familiar no existía porque bastaba con que cualquiera de los moradores recostara el oído para enterarse de inmediato de las intimidades de las familias vecinas.

"En mi pueblo natal nadie tenía el derecho a tomar partido por algún bando en pugna: oligarcas conservadores o federalistas liberales, por la absurda decisión de observar la neutralidad militar y política que los godos les impusieron a sus pobladores. Mi familia fue condenada a vivir en la ruina porque me hice bolivarista y zamorano, y me lancé a la guerra: primero contra el imperio español y, después, en contra de los ricos mantuanos que usufructuaban el esfuerzo colectivo de los revolucionarios bolivaristas e irrespetaban sus corajudas luchas, dignas de todas las glorias del universo. Desde 1850 había decidido volver a las armas, hasta vencer también a los que traicionaron a mis generales Bolívar y Zamora. Tú sabes, Juan, que de esas dos traiciones provenimos los hoy montoneros, pero estoy seguro de que algún día nuestras desesperanzas desaparecerán con el surgimiento de una nueva generación de bolivaristas y zamoranos, bien resteados como nosotros.

"Mi hijo José Miguel, como es natural, se hizo un hombre, pero en medio de los vaivenes de la pobreza y del aislamiento impuesto a la familia, un castigo aplicado de manera persistente por mi actitud beligerante. Fruto de las circunstancias negativas que le rodearon, se hizo un hombre resentido, amargado y cargado de odios obsesivos contra los godos. Por su altivez, era de continuo provocado por los esbirros de los ricos prominentes. Un día de tantos, deliberadamente lo enredaron en el asunto del robo del gallo giro de pelea, propiedad de Antonio Echezuría, el hombre más rico de La Unión, y que ejercía el cargo de comisario, otorgado desde Caracas. El muy desvergonzado también era, en la práctica, el dueño absoluto del vecino poblado de Ospino. De inmediato, intentaron colgarlo, pero prevaleció la intercesión negociadora del boticario, hombre muy respetado que supo devolver la sensatez a los godos terratenientes, de por sí en permanente y exaltada animosidad cuando se trata de aplicar su justicia.

"Todos estuvieron de acuerdo en solicitar la presencia de un juez, pero, para infortunio de mi hijo, el juez resultó ser primo de Antonio Echezuría y de un todopoderoso conservador que residía en Caracas, el general José Echezuría, quien hizo frente a los ataques que realizaban los federales para la toma de Caracas, y siempre estaba listo para detener y diezmar cualquier desplazamiento bélico de importancia que pudiese significar la toma del poder por cualquier fuerza que fuese antagónica al gobierno de turno. Al cabo de dos años, el nefasto período de gobierno llegó

a su fin, pero nadie tenía noticias sobre cuándo arribaría el juez a La Unión.

"Los godos del pueblo -después se supo- realizaron extrañas y reiteradas gestiones en relación con el caso de mi hijo, hasta que lograron enviarle al juez designado, con residencia en Caracas, a través del gobernador provincial de Portuguesa, una compilación de documentos forjados, que en su mayoría contenían los testimonios de testigos amañados. A los ojos de un juez parcializado, esos documentos eran más que suficientes para condenar a mi hijo. Dos años más tarde, el juez designado, desde Caracas, dictó sentencia condenatoria de muerte en la horca para José Miguel Ortega, mi hijo, por robo y homicidio frustrado, en detrimento de Antonio Echezuría, comisario de La Unión, a quien la sentencia también autorizaba para adelantar lo concerniente con la ejecución de la misma.

"Durante una semana, diez años después de la injusta muerte de mi hijo, me impuse velar al comisario vitalicio. Bien entrada la noche se apareció con su séquito de pistoleros. Por uno de esos inesperados eventos del azar, dio libertad a su custodia para que emprendieran cualquier juerga. Entró a su casa y avanzó hacia el amplio corredor. Sin darle tiempo a sentarse, le abrí la cabeza con un solo tajo de mi doble filo, porque nadie vino al mundo a burlarse de la debilidad de los demás".

Cavilaba montado en los recuerdos, cuando el penetrante silbato del barco fluvial sacudió las

mohosas palmas de los ranchos de Boquerones. Por eso, volví al viejo samán desde donde observaba los movimientos en el puerto. El barco atracó y comenzaron a desembarcar los viajeros en el viejo puerto del pueblo por el improvisado andén. Antonio Montilva esperaba desde bien temprano por el arribo del barco y, tal vez, a algún pasajero de importancia para sus negocios. Presentó sus saludos de manera respetuosa, conducta nada habitual en él, a un señor adocenado y pulcro, de elegante vestir y envuelto en los destellos que salían de la empuñadura en oro de su bastón, hecho que ocurrió cuando lo levantó para advertir de su presencia y dar la señal exacta del sitio donde se encontraba. Destacaba, adicionalmente, la rica indumentaria, consistente de un traje de seda italiana que era la vestimenta habitual de los altos funcionarios de gobierno, la leontina de oro que remataba en un grueso reloj, un anillo engastado en una montura de plata y rubíes, y un vistoso sombrero de copa alta.

Montilva y el recién llegado, bien cerca uno del otro, platicaron un buen rato bajo el amplio vestíbulo del puerto, precisamente, cuando empezaba la algarada que los estibadores potenciaban con su alegre presencia, que también se intensificaba por el desplazamiento alborozado de decenas de pasajeros, de anfitriones en espera y de los infaltables porteadores. Por eso solo atiné a ver que el forastero era ayudado para que subiera a un elegante carruaje, rodeado por una escolta armada provista por los Montilva,

entonces supuse que al refinado huésped lo alojarían en el hato La Consolación, de ingrata recordación para los boqueronenses porque, según se registraba en algunas historias, en ese antro criminal eran torturados o ajusticiados, sin previo juicio, los peones que cometían alguna falta lesiva a los intereses de esa adinerada familia.

Mi alma resentida presentía que faltaban piezas en el rompecabezas y, angustiado ante la incertidumbre, llegué al rancho, cabizbajo y sumido en el cálculo de los riesgos involucrados en la situación que vivía mi hijo. Desde luego que me hacía falta un buen plan para arreglar cuentas con los involucrados que resultaran comprometidos en el complot contra mi hijo.

Cuando disponía los preparativos para el almuerzo, sentí que tocaban a la puerta.

"¿Quién podrá ser a esta hora sagrada del hogar?" Llegué hasta la puerta. Antes de abrirla, pensé tomar las debidas precauciones. Por eso decidí avanzar, revólver por delante:

- -¿Quién es? ¿Qué desea? ...
- —Soy yo, Justina, ¿me recuerdas?
- —Sí, y... ¿qué quieres ahora, después de tantos años?
 - —Hablar contigo, Hilario.
- —¿Qué Hilario de los infiernos?, él murió en la llanura. Desde hace muchos años, Juan Montuno se encarga de sus asuntos.
 - —¡Déjame entrar, chico! –replicó la mujer.

- —¿Vienes sola?
- —Sí, Juan Montuno.
- —Bien, entonces pasa —le dijo, entreabriendo muy lentamente la pesada puerta de saquisaqui que recién había instalado.

Le entristeció ver a Justina, otrora bella flor de magnífica presencia en cualquier jardín. La encontró flaca y más le extrañó que en ese momento fumara un largo tabaco casero, similar al que los brujos empleaban para espantar los malos espíritus de la sabana. La destemplada presencia de la mujer arrastró su alma en la avalancha de los recuerdos, pero pudo decir, no sin dificultades, algunas palabras:

—Tú fuiste, Justina, mi primera mujer y amante en este pueblo. Tú me enseñaste a amar con inolvidable frenesí entre las tinieblas de un establo, muy cerca de la ribera del río, pero no me quisiste acompañar a la guerra. Luego te entregaste al favor de los hombres, sin percatarte que mancillabas tu vida y enlutabas mi amor transparente. ¿Cómo quieres que te perdone, si a eso has venido? Recuerdo que corría el 1848, cuando volví furtivamente a Boquerones, sin que lo supiera mi madre. No había razones para que en ese momento nos mantuviéramos en plan de guerra, si no teníamos objetivos concretos. La derrota de Zamora, en la primera intentona por tomar el poder, alejó aún más las esperanzas de cientos de miles de llaneros que vivíamos sin futuro cierto.

Justina apagó el tabaco y ahora, frente a frente con el hombre que amó, también quedó atrapada en los recuerdos. El fluir acelerado de estos le impedía coordinar las ideas. Para ella, aquel momento era el más emocionante y difícil de su existencia. El tiempo le acuciaba para que dijera su palabra y pusiera fin a tantos sufrimientos.

- —Recuerdo, Juan, que en ese año, por amor, me hiciste tuya en medio de las vacas paridas, precisamente cuando el pueblo celebraba el nacimiento simultáneo de los diez terneros. La luna estaba bajita y se escondía ruborosa entre las nubes negras de la madrugada. Daba la impresión de que se negaba a ser testigo de nuestros íntimos contactos. Tenía veinticuatro años cuando me hiciste mujer, y eso te lo agradezco. Pero de tu atormentada madre nada te dije, porque quise evitar mayores dolores y muertes.
- —Por favor, Justina, dime de una buena vez a qué has venido. No me vayas a venir con mentiras en el interés por lavar tu ajado nombre ante mi presencia.
- —Fui muy feliz contigo, Juan, pero las montoneras acabaron con nuestros sentimientos, porque desde esa vez que viniste cargo con la gran frustración que arruinó mi vida de mujer honesta. Nunca más volviste, maldito. Creo que ni la vejez te quitará la maña de irte a guerrear con el primero que pase y estimule tus misteriosos recuerdos y sentimientos, siempre dispuestos a detestar toda suerte de injusticias, sobre todo aquellas que impliquen a personas

asesinadas, apaleadas, secuestradas o expulsadas de sus tierras.

- -Realmente, Justina, ¿a qué debo tu presencia?
- —Juan, vine para confiarte algunos secretos que atormentan y carcomen mis sentimientos desde hace veinticuatro años, la misma edad que tiene Ramón. Tengo que decírtelo, aunque me duela el alma, pero el hijo que dicen ser tuyo en mí, nunca fue nuestro. Lo concibió tu madre, Marcolina, de Manuel Cáceres, en 1837 —para la fecha tú tenías diecisiete años—, aunque también aseveraban que era hijo de César Montilva porque la pobre mujer, bajo amenaza de muerte por parte de estos perversos sujetos, alternó el lecho con ambos, durante varios meses, simplemente porque los Hilario Pérez estaban en guerra contra los conservadores paecistas, y esa rebeldía hereditaria alguien debía pagarla.

La infortunada mujer, pero de gran atractivo, al percatarse del embarazo se vino para mi casa. Al nacer Ramón, por un lado lo echó al mundo y, por el otro, avergonzada, sobre todo contigo, se dejó arrastrar por el río hasta no sé cuál playa. Luego, al cabo de unos días, la encontraron y le dieron un lugar donde descansar en el camposanto.

El niño quedó bajo mi cuidado, pero era tanto el amor que sentía por ti que lo registré en la iglesia cual si hubiera sido el fruto de nuestra unión clandestina. Por eso te llegaron las nuevas de que tenías un hijo llamado Ramón Sebastía. Con respecto a Celestino "El Suave", quizá no lo sepas, pero el difunto era hijo espurio del cura Agustín, —el que trajo la luz de Manteca de Culebra—, concebido en mis entrañas durante el tiempo que duró mi enamoramiento con ese ministro de Dios, pero que por la intercesión del cura lo recibió para su crianza otra familia aliada de ambos ricachones, alegando que era un huérfano que encontró abandonado cerca del río. Lo cierto es que, a mala hora, Antonio Montilva lo mandó a asesinar por ser hijo mío y por presumir que yo había fornicado con Juan Montuno; y ahora quiere hacer lo mismo con Ramón porque, según él, había confirmado que era hijo de Manuel Cáceres en Marcolina.

Para colmo, Juan, ya se dice que llegó el juez, quien es nada menos y nada más que el único hermano de tu padrino el barbero. No solo viene a condenar a Ramón, sino también a abrir un juicio contra ti por daño público y por los homicidios en serie que cometiste durante las guerras, en perjuicio de los godos. En una palabra, su misión es la de justificar la muerte de Celestino, la de tu hermano y la tuya. No sé si también me mandarán a matar.

- —¿Qué dices, mujer de los avernos? ¿Cómo te atreves a poner en duda el honor de mi santa madre? ¡Fuera de aquí, piltrafa inmunda e hija de Satanás! ¡Fuera de mi presencia, puta rastrera!
- —Juan... Juan, por favor, te mentí sobre lo del embarazo, porque deseaba que con los años resolvieras vivir conmigo, pero lo de tu madre y Celestino es

la pura verdad. ¡Créeme, por favor! Tuya es la culpa porque nunca me diste apoyo, sino que te empeñaste en tumbar gobiernos.

A empujones saqué a la desvalida mujer del rancho.

—No vuelvas por aquí porque te mataré como a culebra en verano, que solo sirve para espantar los encantos de los ríos. Ni siquiera me veas en este maldito pueblo de engaños que no pasa de ser un miserable bazar donde se venden las almas. Mejor para ti si te vas del pueblo, arpía. Cuanto antes mejor o te quemaré viva. ¿Cómo es posible que no hayas sabido hacer de esas dos criaturas unos hombres de bien? ¡Dios mío!, ¿por qué esta mujer satánica me hace pasar por esta pesarosa situación?

Cerré la puerta del rancho y me senté en la hamaca. Estaba muy compungido y sentí que unas lágrimas bajaban hacia un no sé adónde. "Si las cosas que ha dicho Justina son verdad, entonces en Boquerones no habrá paz hasta que mueran todos los godos que lo oprimen". Caminé de un lado a otro del rancho, hasta que la indignación vaporizó un calor que venía de lo íntimo de mi alma transida. Estuve un buen rato meditando acerca de cómo iba a resolver tan crucial y brutal asunto. Finalmente, llegué a la determinación de que "nada en este mundo impediría que se cumpliera la ley montonera, ya que no se podía tener piedad con quien menoscaba la bondad infinita y el honor".

Ahora me queda claro por qué en las historias nadie refería las penosas situaciones que vivieron mi sufrida madre y mi examante.

"Ramón, ahora eres mi hermano. ¡Ah... las vueltas que da el mundo desde que se hizo mundo! Debo evitar que estos tipejos desmadrados te asesinen y, menos, que sus desmanes contra tanta gente, incluida mi madre, queden impunes. Tengo que aprovechar la confusión y la diferencia que desune a las familias Montilva y Cáceres por lo de tu filiación. Tanto interés existe en condenarte a muerte que hasta ahora no sé en qué sitio te tienen preso, a pesar de que soy el comisario. Al parecer, según lo que deduzco de lo dicho por Justina, la familia Cáceres considera que no se te debe ajusticiar, en cambio, Antonio Montilva anda muy atareado adelantando gestiones para que te condenen a muerte".

Pasar la noche cerca de los esteros era, por demás, un riesgo, habida cuenta de los inimaginables peligros que podrían presentarse entre los pajonales. Mas en ese momento compartía el de Camaguán con algunos excompañeros de la montonera que comandé. Después de prolijas deliberaciones, llegamos al convencimiento de que era urgente regresar a la disciplina militar, sobre todo, porque se trataba de impartir justicia y acometer la liquidación de cuanto godo se dispusiera a castigar o hubiese perjudicado a cualquiera de los residentes de Boquerones. El reencuentro sirvió para trazar un plan militar perfecto, a

fin de que ningún godo pudiera escaparse de la justicia. Boquerones sería liberado y se administraría según las reglas del código montonero. No habría más injusticias y se indemnizaría a la gente por los daños causados durante siglos de opresión.

"Viene alguien, a lo lejos. Puedo sentir su olor y el leve crujido de la hierba. Pero aún no atino a precisar por qué me encuentro aquí. Tengo el pálpito de que podría ser uno de los tantos jóvenes que por simple placer se pasan de tragos. ¡Qué extraño! ¿Por qué sale de la barbería de mi expadrino Emilio Delfino, dando los tumbos típicos del borracho ciego? A medida que se acercaba, también se posesionaba de mí una pesarosa sensación. Poco a poco se me iba configurando un rostro conocido, pero también crecía la duda con la misma velocidad de lo increíble. ¡Vaya! ¿Qué podría estar haciendo un hombre de su importancia por estos aledaños, donde a nadie se le garantiza la propia seguridad? ¿Cómo entender que un personaje de su jerarquía cargue con una borrachera a estas altas horas de la noche? ¿Será que estoy equivocado? Ahora que estaba más cerca, un temblor inesperado sacudió mi cuerpo. ¡Dios mío, será que estoy viendo un fantasma!, porque cómo se explica que ande borracho en el pueblo donde debía aplicar justicia. No había dudas, era Pedro Augusto Delfino (a) "El Pellillo", el juez que arribó anteayer, el hermano del barbero. Empecé a recordarlo como el mercenario predilecto de los godos, porque cumplía la misión de confrontar militarmente nuestras montoneras por cualquier talega de dinero que le arrimara algún ricachón por sus útiles servicios.

"Miren ahora hasta dónde ha llegado ese desgraciado, que de casualidad sabe leer y escribir. Lamento que no pudimos capturarle y darle muerte cuando hacía el trabajo sucio de eliminar a los montoneros y a sus aliados, más que todo en los llanos entre Guárico y Anzoátegui. Menos mal que vengo armado de belduque y machete, para darle su merecido. Esta sí es una casualidad de las nunca imaginadas ni previstas.

"Lo esperaré en el sitio ubicado más allá del Paso de los Potreros, paralelo al nuevo caño que abrió el río Apure, y cuando lo tenga a mi alcance le volaré la cabeza. El juez avanzaba, pero de repente, desorientado por la borrachera, traspuso los patios de las casas. Avanzó hacia las más próximas al río y ahora lindantes con el descampado que quedó del viejo cementerio. Todo parecía indicar que llegaría a las instalaciones de los potreros.

"El juez cruzó el amplio espacio que antes ocuparon los difuntos, pero desentendido de peligro alguno se acercó muy confiado a la casa, cerca de los potreros, que había habilitado para realizar el juicio, sin imaginar el acecho que realizaba su enemigo mortal de toda la vida: un despiadado montonero llamado Juan Montuno.

"Precisamente, en ese instante salí a gran velocidad de la oscuridad y lo ajusticié. Creo que nada

sintió y es lo mejor que puede pasarle a quien se merece la muerte o al que por sus errores la procura. Allí quedó tendido en demostración de que a veces Dios tarda, pero algún día llega".

El último gallo decidió cantar cuando el sol más calentaba las aguas de las tinajas, mientras que las gotas de rocío, pasadas de sueño, amenazaban desde el alero de la casa del barbero con inundar el mundo de los microseres del suelo que clamaban por agua, en espera anhelante. Durante la noche, los perros y algunas ánimas equivocadas de pueblo estuvieron en vela durante las varias horas que duró la incomprensión entre las partes. No fue posible que el viento operara la reconciliación entre seres con modos opuestos de vivir y de cumplir con sus destinos. Los perros encontraron en sus aullidos el medio impecable para garantizar la defensa del pueblo y tan bien llegaron a abroquelarse que las ánimas no pudieron intervenir durante esa noche en el mundo de los vivos.

El murmullo subterráneo fue brotando hasta hacerse vocinglería concurrente en los intersticios que aún quedaban de los sueños. Esa mañana, los visos del terror por venir empezaron con la noticia sobre la muerte del juez. "¡Murió el juez de los injustos!", gritaban y gritaban los vecinos oprimidos, pero alborozados porque esa muerte era una bendición de la fortuna.

- —Preparémonos porque pronto vendrán los malvados Montilva con su cabalgar de odios a vengar la muerte del hermano del barbero, su aliado infernal.
- —¡Soltemos a Ramón, antes de que lo cuelguen! La gente presentía que cuando se escuchara el estruendo de caballos al galope, viniendo desde el oeste y con la intención de cruzar el puente de madera que los vecinos instalaron para superar el reciente cauce seco, comenzaría la desdicha y la ruina para todos.

La Madre acá del pueblo, como siempre, sería el escenario para resolver este conflicto a muerte, porque en la otra Madre del caserío, mujeres, ancianos y niños encontrarían la segura prolongación de la vida. Un caballo arrastraba la silla de la barbería, mientras que otros vecinos capturaron al barbero y de inmediato resolvieron colgarlo, después que la gente enardecida lo llevó a rastras desde su casa. Por los cuatro costados aparecieron las quemas de sabana, a la vez que cada quién organizaba la defensa del caserío, siguiendo el principio zamorano de las trincheras en progresión y complejidad.

La agitación de los sufridos pobladores iba en aumento, pero, de repente, como si hubiesen brotado del fondo de la tierra, comenzaron a sobresalir en medio de la algarada los gritos de: "¡Viva Bolívar, carajo! ¡Viva mi general de hombres libres!", al tiempo que de las tupidas arboledas cercanas comenzaron a salir centenares de hombres armados que movían sus cabalgaduras en todas las direcciones, hasta que

tomaron el control del territorio poblado y de sus adyacencias. Eran los últimos montoneros de la llanura apureña, reagrupados para salvar Boquerones de la segura retaliación de los godos.

"¡Miren, miren a Juan Montuno, cómo destaca con su uniforme de sargento! ¡Santo Dios, qué de cosas vivimos hoy en este pueblo! ¡Cómo es que reaparecieron los últimos montoneros de los llanos de Apure para hacer la justicia auténtica, la del pueblo pobre!". El comentario se generalizó entre los pobladores.

Al comprender que la gente necesitaba de adecuadas arengas y de más organización, Juan Montuno ordenó que reunieran cerca de la iglesia a los hombres con más posibilidades para combatir:

—Habitantes de este pueblo oprimido: Bolívar y Zamora vuelven para hacer la justicia de los pobres. Desde hoy son realmente libres, porque no debe quedar oligarca alguno que pueda distorsionar exprofeso la historia de lo que hoy les ocurrirá. Por tanto, en nombre de la ley de los montoneros, les ordeno prepararse para atacar y ocupar los fundos y hatos de los godos, quienes por siglos hicieron sus propias reglas para explotar al pueblo pobre. Aquí se acabará el latifundio y las tierras confiscadas pasarán a ser propiedad de los campesinos pobres. La muerte será la constante en la lucha que emprenderá este pueblo maltratado y sojuzgado. No olviden que debemos cobrar la traición que los ricos accionaron contra mis generales Bolívar y Zamora. ¡A luchar y a vencer! ¡Por nuestros mártires! ¡Vivan los zamoranos!

La gente, organizada en pequeñas partidas, avanzaba hacia los fundos y hatos de los oligarcas. Tumbaban las cercas y entraban con gran algarabía, sembrando muerte y destrucción. Volvía la guerra envuelta en la eterna contradicción antagónica: opresión o justicia. Regresaba la retaliación contra los godos criminales. Los ricos, ante una segura muerte, resolvieron constituir una fuerza de emergencia que cobraría la afrenta de la gente de Boquerones:

"¡Conque matar a un juez!, como si fuera poca cosa. Para mí que el asesino es Juan Montuno, un montonero experto en cobrar injusticias, ya que nadie en este pueblito tiene el coraje para hacer algo de tanta monta política. Estoy seguro de que ningún contador de historias tuvo la valentía para informarle sobre los atropellos que se cometieron contra su madre, una forma de vengar la muerte de tantos miembros de nuestra clase de propietarios pudientes, porque su marido y el hijo, ejerciendo su propia justicia, arreglaban cuentas definitivas contra todos los ricos del llano. Será que Montuno se enteró de que el preso es su hermano y que matándolo, a través de un juez comprado, estaríamos ejerciendo nuestro derecho a la venganza como una respuesta ante los innumerables ajusticiamientos que hizo u ordenó durante las tropelías que realizó en los llanos? ¿Será que

presiente la proximidad de su muerte, una vez que ajusticiemos a su hermano Ramón Sebastía?".

Estas reflexiones eran una auténtica confesión, un mea culpa de parte del viejo César Montilva.

Preguntas y más preguntas también se las hacía el sanguinario Antonio Montilva, el joven, nada dispuesto a responder por sus crímenes, pero muy temeroso porque los montoneros, en especial Juan Montuno, eran enigmáticos y crueles hasta la muerte. No era fácil disputarle palmos de terreno a un montonero, así lo indicaba su demostrada sagacidad y el espíritu corajudo que los distinguía al combatir.

- —Mis patrones, ¿qué hacemos? –preguntó el mayordomo de los Montilva.
- —¿Tú qué crees? Arrasen Boquerones y traigan con vida a Juan Montuno, nuestro más peligroso enemigo. Preparen la tropa y esperen nuevas órdenes. No olviden enviar a un grupo de matones para que liquiden a la tal Justina, otra aliada de los condenados a morir.

Los ricos entraron en desespero y ordenaron preparar sus pesados baúles para emprender la huida antes de que se complicaran los acontecimientos, al tiempo que olvidaban sus diferencias y articulaban las medidas indispensables para resistir la acometida de la gente cansada de ser explotada. Por vez primera, el pueblo les presionaba, cuando antes era una gente que crujía por su indefensión y no contrariaba o agredía a los que en apariencia daban trabajo y vida.

"Todo comenzó" -meditaba el viejo Manuel Cáceres- desde que fracasaron los montoneros zamoranos, y esa frustración los obligó a dispersarse por el país. Por eso tuvimos que acoger no de buena gana al Juan Montuno y pagarle un mísero sueldo para que desempeñara el rol de comisario. La idea era mantenerlo tranquilo, pero lo cierto es que durante su prolongada estadía la gente sintió que podía hacerse beligerante, pues intuía que contaba con un protector, aunque nunca lo pusieron de manifiesto. Empezaron por contarle sobre sus vidas a un hombre desarraigado, que requería saber la situación de la gente. Hoy esas historias, de seguro, retratan los excesos cometidos por nosotros contra la población. De allí que Juan Montuno sepa con detalles los desmanes que cometemos a diario, en procura de aplicar la justicia de los poderosos. Estamos bien fregados y nos toca enderezar estos asuntos con el Montuno, aunque sea bien difícil matar o convencer a un montonero".

- —Mis patrones, la gente del pueblo está invadiendo y apoderándose de los bienes que encuentran en su avance –dicen los mayordomos de los fundos y hatos, ahora convertidos en mercenarios y bien dispuestos a cometer cualquier genocidio o destrucción física.
- —Agresión con agresión se paga. Vayan sin piedad alguna. Aprovechen que están desperdigados y cumplan con la orden de incendiar Boquerones; y eso sí, al Montuno me lo traen para darme el gusto

de colgarlo –dijo Antonio Montilva, el joven, con su habitual altanería–. ¡Un momento!, también vayan al rancho "El Progreso", y antes de quemarlo todo, recojan todo lo que encuentren: libros, papeles y, sobre todo, las historias escritas. Traigan, bien pronto, muy buenas noticias y recibirán buena gratificación.

Cuando se iniciaban los preparativos para articular la defensa de sus intereses, los godos esperaban que con la sola presencia de los mercenarios, los vecinos –como en otras ocasiones—depondrían su actitud de venganza. Por eso, algunos godos eran partidarios de llegar a una tregua, mientras se adelantaban los acuerdos para satisfacer los requerimientos de los vecinos. Mas todo indicaba que ya los acontecimientos resultaban indetenibles:

- —Antonio Montilva, Manuel Cáceres, hermanos Alcalá, César Cáceres, eviten que corra más sangre por estas tierras, desde hoy, de libertad y unión. Ordenen el regreso de sus hombres y considérense bajo arresto por orden del comisario.
- —¿Quién te crees, patán de los infiernos? ¿Qué es eso de darnos órdenes y de someternos a prisión? —le respondió uno de los tantos godos que dirigiría el accionar ofensivo contra los moradores de Boquerones, desde el interior de una de sus casonas de lujo—. Sabes que hasta hace unas horas eras nuestro empleado, y eso debería obligarte a ser más respetuoso y agradecido.

—Les ruego que cumplan mis órdenes porque están rodeados. Salgan, muchachos, y hagan demostración de lo que son capaces delante de estos animales.

La estupefacción de los godos fue mayúscula cuando unos trescientos montoneros salieron de una hondonada oculta detrás de un compacto herbazal sabanero. Se acercaron a cuarenta metros del blanco y en cuestión de segundos traquetearon sus fusiles y los pusieron a tiro. Otro grupo, a caballo, rodeó la casa que servía de refugio y de centro de mando de los godos, que estaban decididos a luchar por la defensa de sus bienes habidos con maña y saña, y continuar detentando el poder en aquellos espacios.

Más tarde, los montoneros apelaron a la exhortación y optaron por darles un plazo en horas. De incumplir con el lapso de tiempo, entonces dispararían a discreción y entrarían con sus cabalgaduras. Al término del lapso, el silencio apuntó hacia las almas objeto de hostigamiento. De repente, la puerta principal se abrió y un emisario salió para parlamentar con Juan Montuno. Luego, este pensó por un momento en la propuesta que acababan de hacerle los godos y, en silencio, se bajó del caballo. Al cabo de unos minutos, se quitó la chaqueta del uniforme y revisó en detalle el filo de su belduque.

Salió el godo Antonio Montilva, el joven. Ambos hombres tomaron la distancia necesaria para iniciar una lucha mortal a cuchillo. Llevaban una hora de estar en un ir y venir y de uno a otro peligroso lance. Ambos tiraban con fuerza del jirón de cuero seco que los separaba y, cada vez que lo hacían, quedaba al descubierto el equilibrio de fuerza entre ambos. No daban ventaja porque, en uno que otro lance, cada contendor salía con heridas en los brazos, en el pecho o en la espalda. Brotaba tanta sangre que era de temer la posible ruptura del balance físico que había caracterizado la contienda.

Al filo del mediodía, con el sol a lomos de los contendientes, tanto recortaron la distancia entre ellos que chocaron bruscamente sus espaldas. Así estuvieron buen rato, jadeantes, hasta que Montuno, aprovechando su nueva condición de zurdo ejecutó un sorpresivo movimiento que le permitió hacer un giro brusco hacia su derecha, de manera que su brazo y la mano izquierda direccionaron la punta del largo cuchillo hacia el corazón, por debajo de la axila izquierda del rival. Juan Montuno, como pudo, realizó un movimiento adicional, otra vez hacia su derecha, y logró –estando aún de espaldas ambos oponentesque el largo cuchillo penetrara aún más y le tocara el corazón a su contrincante.

Montilva cayó al suelo polvoriento y, prácticamente, quedó sin posibilidad alguna de reanudar la lucha. Pese a las mortales heridas, aún se mantenía con vida y solicitó que llamaran a los otros godos que recién le acompañaban. Hablaron con un ser que estaba en estado agónico, pero lograron intercambiar

puntos de vista para una posible negociación. Antonio Montilva iba a ser trasladado a su fundo, mas las múltiples heridas cobraron en poco tiempo la vida del altivo y corajudo joven.

Cuando los godos alcanzaron un definitivo acuerdo en conjunto con el moribundo Montilva, entonces creyeron oportuno conversar con Juan Montuno. Supusieron que habría un diálogo fructífero y que con altas sumas de dinero comprarían la clemencia para las familias ricas, con sus jefes a la cabeza. Obviaron que el montonero es justiciero y nada sabe de perdones.

Sin acuerdo de por medio, a los pocos minutos del fallecimiento de Antonio Montilva, en el año 1873, el mismo en que el sargento Montuno cumpliría cincuenta y tres años, los montoneros giraron la orden de acabar con todo lo que tuviera vida humana enemiga, a miles de metros a la redonda.

Juan Montuno, ahora muy recuperado de las heridas, soñaba que con el dinero expropiado a los godos levantaría ejércitos poderosos como los de Europa, por lo que se imponía esperar el tiempo que fuese necesario para tomar el poder y asegurar el reencuentro con los pobres del país. Bajo la observancia de ese propósito, ordenó a sus hombres instalarse provisionalmente en Las Galeras del Cinaruco.

Alcanzada la paz y la justicia en Boquerones, Juan Montuno y su hermano Ramón Sebastía, junto con la tropa de montoneros, vivieron durante veintiséis años en el caserío que construyeron cerca de Las Galeras del Capanaparo.

Los últimos montoneros retomaron las armas para intentar el asesinato de Guzmán Blanco, por el año de 1879, una vieja promesa hecha a su nuevo padrino, el cura Pascual, de Boquerones, aún en funciones. La intentona fracasó porque fue imposible superar los anillos de seguridad que protegían al viejo truhan, aunque la prensa de la época informó sobre la existencia de una conspiración que estuvo muy cerca de concretar el asesinato del Presidente.

Posteriormente, cuando Cipriano Castro, en 1899, avanzaba desde los Andes para tomar el poder, los hermanos hicieron honor a la promesa de que si al pasar un hombre a caballo llegaran a sentir que les dignificaba, le seguirían hasta el final. Así ocurrió y ahora Juan Montuno, de setenta y nueve años, desempeña funciones de gobierno y permanece en Caracas.

Muy poco duró la relación con la Revolución Restauradora del general Castro, ya que este dispuso, entre 1901 y 1902, crear una nueva doctrina militar, lo cual significaba, en los hechos, la formación de una nueva organización castrense, diferente a la del caudillo de montonera que había prevalecido desde los años de la guerra por la Independencia.

Volvieron los últimos montoneros a Las Galeras del Capanaparo a seguir soñando con verdaderos gobiernos que realmente se ocuparan de los pobres,

pero permanecen a la espera de nuevas oportunidades políticas o militares. Entre tanto, seguirán mirando las maromas que hacen los escarabajos rojinegros para sostenerse en las avejentadas palmas de moriche.

Allá, a lo lejos, en la duna cercana al poblado, unos niños elevaban sus cometas. Otros, más entrados en edad, pero aún sumergidos en sus respectivos mundos mágicos, anhelaban una explicación para el extraño hecho que les acontecía, ya que cuando leían los viejos libros de Juan Montuno no entendían por qué se balanceaba entre los pequeños espacios que dejaban las letras y las palabras, siempre con una sonrisa esperanzadora.

Edición digital noviembre de 2017 Caracas - Venezuela

La última montonera

Con esta novela de ficción histórica el autor hace un importante aporte para profundizar la comprensión del atropellado siglo XIX en Venezuela. Se enmarca en los llanos venezolanos de Apure, Guárico y Barinas, desde la perspectiva de un hombre del pueblo, Juan Montuno, quien había participado en la Guerra Federal con Zamora y quien formara parte de la última montonera. Acá se exponen las motivaciones que, durante el gobierno federal, empujaron al pueblo venezolano a continuar alzado en armas tiempo después de las guerras independentistas y muerto Simón Bolívar, lo que se conoció como las montoneras, estableciendo un perfil de los personajes políticos más resaltantes de la época para derivar en un juicio ético sobre los que vendieron a los intereses de la oligarquía las conquistas alcanzadas por el pueblo y su líder.

Luis M. Caraballo R.

(Carúpano, 1942). Licenciado en Educación (1969) por la Universidad Central de Venezuela, con maestría en Planificación en Educación Superior (1985) por la Universidad Simón Rodríguez. Fundador del Liceo Diego Carbonell en el estado Sucre. Ha sido docente en la UCV y en la Universidad de Oriente, Cumaná. Actualmente es profesor jubilado. Tiene inéditas dos novelas: Giraldillo (2006) y Buría: primera rebelión antiimperialista en Venezuela (2009); y en poesía: Voces de amor (2011), Voces de muerte (2010) y A ras del cielo (2011).





